

EMMA GREEN

JUEGOS
prohibidos

Addictive  Publishing

4

En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.

Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

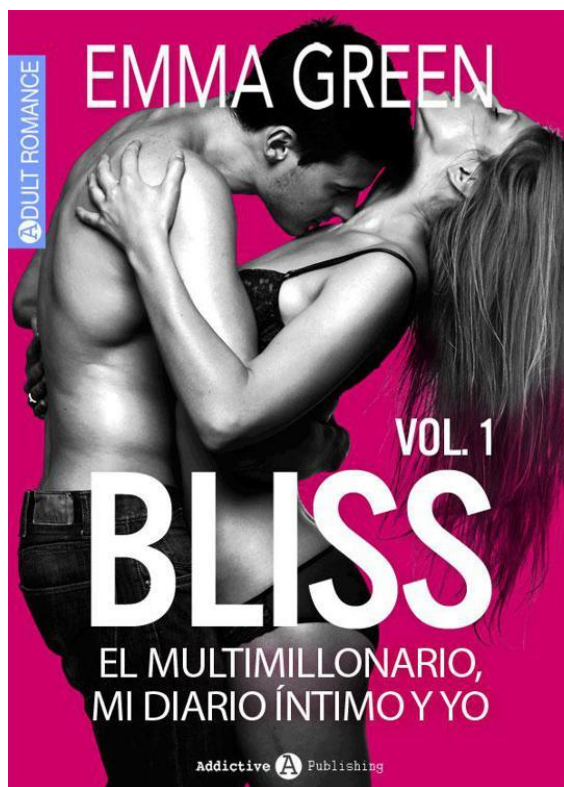


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



En la biblioteca:

¡Contrólame!

Strip-tease, baile y seducción: ¡la trilogía más sensual del año!

Me llamo Celia Campbell y mi vida apenas comienza. Desde hace una semana, mi jefa Amanda Fielding me prepara para mi nuevo oficio.

Y dentro de unas horas voy a tener mi primera prueba de fuego. Sola frente al público, entregada a los hombres y mujeres que tendrán sus ojos puestos sobre mí, finalmente voy a poder hacer lo que amo por sobre todas las cosas: bailar.

Sé lo que están pensando, me imaginan en tutú, pequeña bailarina de ópera, o quizá una heroína de comedia musical.

¡Desengáñense!

Sí, bailo, pero lejos de los reflectores. Es en el ambiente suave del Blue Butterfly, un club de strip-tease en donde puedo vivir finalmente mi pasión y es eso lo esencial.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)



Emma Green

Juegos Prohibidos

Volumen 4

1. Uppercut

Mamá dice que está mal hace eso. Está prohibido. ¿Ustedes sí tienen delecho?

Un aire glacial se expande en la habitación de Tristan. Sin embargo, mis mejillas están escarlata. Mi corazón se detiene un segundo. Dos. Tres. La voz aguda pasa una y otra vez por mi mente en ebullición. Tengo la garganta seca, mis manos tiemblan, los escenarios chocan en mi cabeza. Tristan y yo acabamos de ser sorprendidos con las manos en la masa y nuestro último beso podría arruinarlo todo si ninguno de los dos reacciona rápidamente.

Me seco las lágrimas y le lanzo una mirada de desesperación a Tristan, quien se levantó de un salto. A juzgar por su actitud aturdida, él no parece controlar la situación mejor que yo.

– Los besos en la boca están prohibidos.

El pequeño nos observa a uno y después al otro, cada vez más intensamente. Totalmente aterrada pero decidida a salir de ésta, me obligo a sonreír y le tiendo la mano.

– Ven a sentarte conmigo.

El niño duda un segundo, luego toma su peluche y logra subir a la cama después de dos intentos. Sintiendo la mirada de Tristan sobre mí, me volteo y le lanzo señales de angustia para que encuentre una excusa válida. Lograr manipular a un niño de 3 años no debería ser tan complicado. Sobre todo cuando éste admira tanto a su hermano mayor y confía ciegamente en él...

Sólo que ahora se trata de Harrison, un pequeño niño con problemas, que parece un bebé, pero que ya sabe suficiente sobre el mundo de los adultos...

Y sólo que se trata de Tristan, un chico tan apegado a sus principios y a su hermano que está dudando: ¿engañarlo o explicarle la verdad?

– ¿Puedes guardar un secreto, Harry? le pregunta de pronto su hermano.

La voz de Tristan es relajada, casi jovial. Suspiro, dándome cuenta de que ha retomado su aplomo. Tristan avanza hacia nosotros y se arrodilla para estar a la altura de su hermano. Uno de sus grandes hombros roza mi pierna. De paso, me lanza una sonrisa tierna, de complicidad, que me calienta por dentro.

No es momento para ponerme a dibujar corazones rosas. En verdad no es el momento.

En respuesta a esta pregunta, el niño asiente pero abraza su cocodrilo con más fuerza, como si la perspectiva de enterarse de la verdad lo angustiara un poco. Mi corazón se rompe un poco más frente a ese niño que ha crecido demasiado

rápido.

– Liv y yo estábamos ensayando una obra de teatro, le explica Tristan. Sólo era para entrenar, nada más. ¿Comprendes?

– ¿Entonces no se van a casar?

– ¿Casarme? ¿Con Sawyer? ¡Antes muerto!

Sus ojos brillantes se pierden por un instante en los míos, luego Tristan suelta un gruñido de diversión y se voltea para despeinar a su hermano. Respondo con una sonrisa en los labios:

– ¿Casarme con *eso*? ¡Tendría que estar drogada! ¡No, lobotomizada!

– ¿Qué es *dlogal*?

El hermano mayor estalla de risa y atrae al pequeño a sus brazos. Contrario a lo que temía, Harry no parece bloquearse con nuestro beso. La voz ronca de Tristan atraviesa de nuevo el aire:

– Entonces, ¿éste será nuestro secreto? ¿De los tres?

El niño hace una seña para decir que sí.

– ¿No le dirás a nadie? Es muy importante, Harry, insiste Tristan.

– ¡Alfred quíele hacel teatlo! exclama el pequeño dándole un beso a su peluche en el hocico.

Como un rayo, éste se escapa de los musculosos brazos y pasa a otra cosa, corriendo hacia su habitación para ir a hojear algún libro - demasiado complicado para él. Tristan y yo estamos nuevamente solos, frente a frente, mirándonos a los ojos. Yo suspiro. Él se muerde el labio.

– Todo esto pudo haber terminado mal, murmura. ¡Odio mentirle!

– Harry lo tomó bien. Supo bien cómo reaccionar. Para nuestro bien...

– Sí. De hecho, bravo por tu elocuencia, sonrío burlón.

– ¡Sin mí, seguirías observando la pared como si hubieras visto un fantasma!

– Sin ti, no estaría en estos problemas...

Su tono no tiene nada de agresivo, al contrario. Mientras se levanta, él se pasa la mano por la nuca y no deja de verme, como si esperara una respuesta de mi parte. La cual no tarda en atravesar mis labios.

– Es más fuerte que yo, Tristan.

– Más fuerte que nosotros.

– ¿Entonces qué hacemos?

– Vamos a pelearnos, a provocarnos, a fingir que nos odiamos, como siempre lo hemos hecho. Y así evitaremos dar un espectáculo, como lo hicimos esta noche...

– ¿Qué te hace creer que voy a fingir, Quinn? sonrío estudiándolo.

Su sonrisa se amplía, se ve demasiado apuesto cuando se burla suavemente y luego me responde, más insolente que nunca:

– Nunca me has odiado, Sawyer. Siempre has sentido una inmensa

admiración por mí... Y una atracción incontrolable.

– ¡Ah, es cierto! ¡Olvidaba tus problemas psicológicos! ¡Es hora de tus pastillas rojas y blancas!

– Si tan sólo sirvieran para poner orden en mi mente...

– ¿Tu mente está en desorden por mi culpa?

– ¿De quién más?

Le lanzo mi bloc de notas que se encuentra por allí, pero no le atino. Tristan está pasando ya por la puerta avisándole a Harry que va para allá para construirle un castillo. A lo lejos, escucho al pequeño gritar de emoción y ordenarle que se ponga una corona, como él.

El rey de los idiotas. Eso me lo confirma.

El incidente del beso sucedió hace poco más de una semana y, hasta ahora, Harry ha cumplido con su palabra. Nadie en la villa está al corriente. Tristan no ha cambiado con su pequeño protegido, sigue pasando la misma cantidad de tiempo ocupándose de él. Por mi parte, evito encontrarme sola con ellos, temiendo que el tema tabú regrese. Tal vez Harry haya pasado a otra cosa, pero no lo ha olvidado. Lo conozco lo suficiente para saberlo.

Nuestro acosador parece estar de vacaciones. No hemos recibido otra carta de amenazas, ni llamadas alarmantes. Lo cual no nos impide, a Tristan y a mí, susurrarnos decenas de casos improbables cuando nos encontramos y apostar acerca de su identidad. Ya sea en el desayuno, entre dos brazadas en la piscina, frente a la televisión o a través de la pared que separa nuestras habitaciones, volvemos a hablar de ello cada vez que se nos ocurre una idea. Y por más que él se obstine en pensar lo contrario, yo estoy segura de que se trata de una ex ardida. Ser un donjuán tiene sus consecuencias.

– ¿Cuál? me pregunta cuando insisto en mi teoría.

– Habla menos fuerte...

Justo cuando pronuncio estas palabras, Sienna entra en la cocina lanzándonos algún reproche. El tornado rubio hunde la cabeza en una alacena, saca de ella una bolsa de patatas dulces y se dirige al horno - su nueva manía: preparar las comidas por anticipado y congelar todo. Tristan y yo miramos nuestros platos llenos frente a nosotros, sobre la encimera, sin saber bien cómo escaparnos.

– Terminaré en la sala, intenta mi vecino.

– ¡No te vas a mover, y tú tampoco Liv! ¡Puede ser que hayan regresado demasiado tarde para cenar con nosotros, pero van a cenar aquí juntos, punto final!

Primero sorprendido por los ladridos de su madre, Tristan se pone a reír cuando se da cuenta de que lo está amenazando con un pelador. Para mi gran sorpresa, el rebelde no dice ni media palabra y se conforma con tomar su teléfono para escribir un mensaje. Que me envía a mí.

[Entonces, como decía antes de que *Cuisinator* llegara... ¿Cuál de mis ex?]

Saco de mi bolsillo mi teléfono con la pantalla rota y escribo a toda velocidad:

[¿Lana ?]

[Es demasiado amable e inocente para hacer algo así.]

[¿Piper?]

[Negativo. No sabía nada de ti cuando empezaron las amenazas.]

Extrañamente, en este caso no habla de inocencia...

[¿Las gemelas? (Acabo de vomitar un poco en mi boca.)]

Tristan lee mi último mensaje y suelta una risa grave y sexy. El bastardo. Un deseo brutal se apodera de mí: muero por empujarlo violentamente de su taburete para que se rompa un hueso o dos. Pero su respuesta ya está haciendo vibrar mi teléfono.

[Entre las dos no juntan las suficientes neuronas para imaginar eso...]

Esta vez, soy yo quien ríe en voz baja.

[¿Entonces quién? Te has acostado con todas las chicas de por aquí, ¿debemos hacerlas testificar a todas?]

Tristan pone los codos sobre la encimera, pareciendo pensativo. Luego vuelve a escribir, mientras que Sienna continúa ignorando nuestra conversación secreta, obnubilada por sus patatas.

[Y si no fuera una de mis ex... ¿Sino uno de los tuyos?]

[Es decir...]

Mi mirada se cruza con la suya y en ella leo una rabia salvaje.

[Sí, él. El idiota al que no me dejaste romperle el hocico el otro día. K.Y.L.E.]

Digo que no con la cabeza.

[No tiene ninguna razón para chantajearme. No tiene nada que ganar...]

Tristan suspira y empuja su plato.

[Bueno, vamos avanzando... Puede ser cualquiera, no vamos a resolver el misterio esta noche. ¿Postre, Sawyer?]

[Hasta por mensaje tienes que llamarme por mi apellido...]

[Me gusta llamarte así.]

[¿Porque eso me molesta?]

[Entre otras cosas. También porque eso me recuerda que tú y yo no llevamos el mismo apellido...]

Mis ojos se desorbitan al darme cuenta de que ésa es la verdadera razón. El hecho de que no tengamos el mismo apellido convierte nuestra relación en

menos... escandalosa, prohibida. Y esa atención de su parte, aunque sea disimulada, me da unas ganas locas de besarlo. Sin embargo, debo conformarme con un enésimo mensaje:

[No me había dado cuenta... Me gusta mucho (apasionadamente) esa idea, Quinn 3]

Su mirada se ha suavizado, al fin me sonrío y una multitud de mariposa vuela en mi vientre. Maldito hoyuelo. Desviando la mirada, redacto a toda velocidad:

[¡Una malteada de Oreo! ¡*The Bachelor* me espera!]

[Claro... Hay un partido de los Miami Heat esta noche.]

[¿Tristan? ¿Quieres morir asfixiado mientras duermes?]

El titán pone los ojos en blanco, salta de su taburete y se acomoda la playera de Led Zeppelin. No me pierdo ni un segundo de este espectáculo. Él se da cuenta, se acerca a mí y me observa, con la mirada sombría y jovial, conteniéndose claramente de sonreír.

– Sueñas, Sawyer, con acompañarme mientras duermo... O más bien, de estar en mi cama... susurra antes de caminar indolentemente hasta el refrigerador.

Un poco temblorosa, con las mejillas y el corazón encendidos, verifico que Sienna, frente a su licuadora, no haya escuchado nada y luego dejo la cocina escribiendo:

[¡Voy a esperar mi malteada en la sala, provocador!]

Me acuesto sobre el sillón y enciendo el televisor. La boca se me hace agua al pensar en mi postre - o en el que me lo va a traer. Harry está acostado, mi padre está encerrado en su oficina, Sienna ahora está fuera de mi campo de visión, ocupada con su puré. Parece ser que la noche será maravillosa. De no ser por algo...

En vez de malteada de Oreo, recibo por mensaje su receta y me doy cuenta de que Tristan ya no está por aquí. Cuando estoy por preguntarle qué hace, la respuesta me llega como por arte de magia, en un último mensaje:

[Tengo una cita esta noche. Hasta pronto, Sawyer.]

Pestañeo varias veces para verificar que leí bien: « Cita ». Es la primera vez que Tristan me hace algo así. Intentar ponerme celosa, eso lo ha intentado miles de veces: buscar herirme deliberadamente, nunca. Él no es así. Aprieto la mordida y me trago las lágrimas cuando una masa llega de repente a derrumbarse sobre el sillón, al lado de mí.

Tristan, con una maldita sonrisa retorcida sobre los labios.

– ¿Qué? se burla cuando lo asesino con la mirada. ¡Tengo una cita con el *Bachelor*!

Idiota.

MI idiota.

Fergus está un poco desbordado. Corrección: Fergus está *completamente* desbordado. Desde la cocina de la casa de sus padres, él intenta controlar las idas y venidas de sus invitados - de los cuales la mayoría no lo eran.

– Creí que seríamos unos quince, ¡somos más del doble! gime.

El pelirrojo en pánico se arma de valor y recupera firmemente una botella de Jack Daniels que un perfecto desconocido acaba de robarse de una alacena.

– ¡Y siguen llegando! le informa Bonnie.

Primero había decidido ayudarle a nuestro amigo, pero la linda morena cambió rápidamente de opinión. Ella nota a Drake en la habitación de al lado y nos abandona haciendo volar su vestido abombado.

– Mi padre me va a matar. Si se entera de que organicé una fiesta en su ausencia...

– Fergie, tranquilo, dentro de cuatro horas todo el mundo se habrá ido, mientras tanto, ¡vamos a limitar los daños!

– Los tiempos son difíciles para mi familia en este momento, ¡si rompen algo, estaré muerto!

Es apenas la segunda vez que vengo aquí, a esta pequeña casa vieja y polvorienta. A Fergus no le gusta mezclar a la familia con los amigos, creo que le cuesta trabajo asumir el lado *old school* y un poco rígido de sus padres, inmigrantes irlandeses que nunca han sido lo que su hijo soñaba que fueran. Echo un vistazo a mi alrededor y noto que parecen faltar algunos muebles antiguos por aquí y por allá. No me atrevo a preguntarle a mi amigo si él los movió o si sus padres los vendieron para completar el fin de mes. Lo único que sé es que Fergie necesita mi apoyo incondicional.

Obviamente, en este justo momento, una castaña ebria se baña con cerveza en medio del pasillo...

Intento bajar la música varias veces, pero siempre hay alguien que le vuelve a subir al máximo. Fergus hiperventila al ver la cantidad de vasos tirados en el piso, yo paso con una bolsa de basura para mejorar mi reputación. Las personas se burlan gentilmente de mí, me otorgan el título de Miss Basura, pero no me rindo. Estoy ahí para ayudar a mi amigo, quien tontamente se creyó capaz de organizar una fiesta en las Keys, con todos esos chicos ricos, tan derrochadores como irresponsables.

– No hay duda, sabes muy bien cómo divertirte, Sawyer...

Con mi bolsa de basura en la mano, me volteo bruscamente y me encuentro a Tristan, con una sonrisa burlona en los labios. Se ve más sexy de lo normal con sus jeans y su polo azul marino. Por mi parte, estoy toda despeinada y llena de

cerveza. Después de observarme de los pies a la cabeza, él vacía su botella de un trago y me la da, como si intentara ayudarme.

– No estás obligada a ser siempre perfecta, sabes... Tienes derecho de soltarte un poco.

– Cuando me suelto un poco, hago cosas que no debería hacer, murmuro sin desviar la mirada.

Él cruza los brazos sobre su torso, sorprendido por mi audacia. Los miembros de su grupo lo llaman un poco más lejos y los ignora.

– ¿Te arrepientes, Sawyer?

– Ni por un segundo. Asumo todo lo que hice, dije o sentí. Pero eso no quiere decir que estoy lista para hacerlo otra vez...

– ¿Nunca?

Su mirada se oscurece, juraría que se estremeció.

– Nunca digas « nunca ».

Su mirada se fija sobre un punto invisible, en mi cuello. Luego se pasa la lengua por el labio inferior y, sin agregar una palabra, me rodea para alejarse. Al fin respiro, dándome cuenta de que estaba conteniendo la respiración. En el momento en que intento avanzar, una mano se pone sobre mi nuca y me detiene. La voz cálida y profunda de Tristan llena mis oídos:

– Aunque me dijeras « nunca », lograría hacerte cambiar de opinión, Liv.

– Arrogante, resoplo con el corazón enloquecido.

– No, simplemente lúcido.

Tan pronto como llegó, el titán se vuelve a ir en dirección a sus amigos que juegan a tomar cerveza parados de manos. Intento controlar los latidos de mi corazón cuando Fergus se lanza sobre mí, a punto de deshacerse en lágrimas.

– Encontré dos... Dos... Dos...

– ¿Dos qué? ¡Fergie, cálmate!

– En la cama de... de...

– ¿De quién?

– ¡De mis padres!

Esta vez, lo tomo de la playera y lo jalo hasta el comedor donde está puesta la reserva de alcohol. Nos sirvo un shot de algo y le doy el suyo, ordenándole que se lo tome. Por su bien. Ya que la situación se le escapa de las manos y es completamente impotente, mejor que se relaje un poco. Así será mejor.

– ¡A las tres, te lo tomas!

– Pero...

– Fergus, ¡toma o llamo a la policía! ¡Uno... Dos... Tres!

El alcohol transparente me quema la garganta, pero nos vuelvo a servir una segunda ronda y mi amigo parece relajarse de repente. Tomando mi segundo vaso, cruzo mi mirada con la de Tristan, un poco más lejos. Ignoro si me está vigilando,

pero eso parece.

¿Acaso vino... por mí?

Dejo la sala - convertida en pista de baile - cerca de una hora más tarde, dejando que Bonnie y Fergus hagan su show. Una vez en la cocina, tomo un inmenso vaso de agua helada y observo el moretón que se está formando ya en mi brazo derecho.

Nota mental: ¡nunca más bailar con Fergie!

Algunas risas me llegan desde el pasillo, me recargo en la encimera para respirar dos minutos. Fuera de un chico dormido en el piso, la habitación está vacía, casi todos los invitados se aglutinaron en la sala. Ahí fue donde dejé a Tristan. Hace cinco minutos, crucé mi mirada con la suya mientras bailaba intentando seguir la coreografía de Bonnie. Él estaba inmóvil, recargado contra la pared, rodeado de sus músicos y con varias chicas flotándole alrededor. Parecía ignorarlas. Prefería mirarme a mí. Con esa mirada que me vuelve loca. Que me calienta las entrañas. Y nunca había tenido tanto deseo de besarlo. Para luchar contra este impulso tan fulgurante como prohibido, dejé la habitación para llegar aquí. Sola.

¿Soltarme un poco? No esta noche...

– ¡Creo que te vi en alguna parte! ¡Liv! ¡Liv! escucho de pronto.

No reconozco la voz inmediatamente. Sólo descifro que se trata uno: de un chico. Dos: de un chico ebrio.

– ¡Liv Sawyer, la mejor de todo Key West!

Esta vez, comprendo y corro hacia él, casi tropezándome con un chico acostado en el piso. En el pasillo, Kyle Evans está contándole sus mentiras a un nuevo público. Y resulta ser que yo soy la protagonista de su historia inventada en todos los aspectos.

– ¡Ah! ¡Ahí estás, querida!

– Kyle, ¡deja de decir estupideces! Y deja de beber...

Me acerco al castaño con ojos fisgones e intento hacerle comprender que debe callarse, pero él me toma de la cintura y no me suelta. Intento empujarlo, pero me lleva con él. A nuestro alrededor, las personas ríen, convencidas de que están frente a la pareja más depravada de la isla.

– Kyle, deja de hacer eso. Suéltala, le dice Drake cruzándose en nuestro camino.

– ¡Pero no le estoy haciendo nada! ¡Y no hubiera venido si no quisiera verme!

– ¡Suéltame, Kyle!

Mi tono no deja lugar a dudas: *realmente* quiero que me suelte y estoy a punto de usar los dientes para lograrlo. Pero la presión de sus manos alrededor de mi cintura aumenta y me susurra, con el aliento apestando a cerveza:

– Ven, vámonos a otro lugar...

Estoy por gritarle y por darle un rodillazo en *los bajos* cuando un inmenso puño llega a estrellarse en su rostro. Uppercut. Grito de estupor y retrocedo, al fin liberada de ese cabrón. Cuando volteo la cabeza, sorprendo a Tristan lanzándose sobre Kyle, quien ya está aturdido y manteniéndose de pie sólo gracias a una pared.

– ¡Basta, Tristan! ¡No vale la pena! grito intentando separarlos.

Pongo mi mano sobre su bíceps tenso, él se voltea de repente y clava sus ojos azules en los míos. Leo tantas cosas en sus pupilas brillantes. Una mezcla de violencia, furia, preocupación y algo que parece ternura. Tal vez hasta más que eso... Pero esa mirada tan bella se me escapa cuando el puño de Kyle golpea la mejilla de Tristan y la pelea continúa. Esta vez, es imposible detenerlos. Sus amigos se meten ya que la lealtad los obliga. Después de un minuto, son una decena golpeándose. ¿Yo? Sólo grito al aire.

Y tengo unas ganas locas de participar...

Fergus llega, sudando por haber bailado tanto y furioso de ver su pasillo transformado en un ring de box. Creo que nunca lo había escuchado gritar tan fuerte:

– ¡FUERA! ¡TODO EL MUNDO, FUERA!

– ¡Ya llamé a la policía y ya viene en camino! agrega Bonnie.

– ¿Qué? ¿Pero por qué hiciste eso? se enoja la pelirroja. ¡Van a avisarle a mis padres!

– Tuve miedo, dice tímidamente. Por Liv.

– ¡FUERA, YA DIJE! ¡SIN EXCEPCION!

La gente ha bebido, bailado, coqueteado y golpeado lo suficiente, así que dejan la casa sin rechistar, uno tras otro. Kyle desaparece, en mal estado, arrastrado por sus amigos. Los Key Why se escabullen también, siendo Tristan el último y volteando una vez hacia mí para hacerme una señal de que los siga. Pero resisto. Me quedo cerca de Fergus, atrozmente preocupada:

– Fergie, te ayudo a recoger...

– No. Ve a casa, Liv. Francamente, ya hiciste suficiente. Tu ex es un cerdo y tu hermanastro es una bomba de tiempo.

– ¿Estás seguro que...? insisto con tristeza.

– Bonnie va a ayudarme. Vete.

Creo que es la primera verdadera pelea que tengo con él. En todo caso, la primera vez que lo decepciono tanto. Entonces, como no puedo ser útil, llego hasta la salida y me uno a Tristan, recargado en el porche de madera, agarrándose la mandíbula como si le doliera.

Y algo me dice que un nuevo duelo va a comenzar...

2. Lejos de las miradas

– ¿A qué estás jugando, Quinn? ¡Nos van a ver!

Corro detrás de él desde que dejamos la casa de Fergus, a pie, pero Tristan se niega a dirigirme la palabra. Extrañamente, su rabia contra Kyle parece haberse volteado contra mí. Ahora que regresamos, me veo obligada a susurrar mientras que tengo ganas de gritar. Es de noche, todos en la casa están dormidos y él no hace ningún esfuerzo para no hacer ruido.

– ¿Escuchaste lo que dije?

Lo alcanzo en la escalera subiendo con la punta de los pies, lo rebaso y me planto frente a él. De pie sobre el escalón más alto, estoy unos cuantos centímetros más alta que él. Por primera vez. Él enciende la luz, percibo la marca roja en su mejilla, que se está poniendo violeta, y la apago. La enciende nuevamente.

– ¡Tristan!

– ¿Qué? responde en voz alta, molesto.

Le pongo la mano sobre la boca y espero algunos segundos, para verificar que nadie se haya despertado - mi padre o mi madrastra podrían escuchar nuestra conversación.

– Parece como si te esforzaras para que nos vean.

– ¿Y entonces?

Su voz grave se volvió más baja, pero su rostro sigue igual de intenso, su mordida tensa, su ceño fruncido y su mirada de un azul casi negro.

– Si alguien se entera, estamos muertos...

– No, basta con asumir lo que estamos haciendo.

– ¿Estás hablando en serio? murmuro sintiendo un escalofrío recorriéndome.

– ¡Sí, ya me harté de este maldito secreto! ¡De no poder ser yo mismo! Me voy a volver loco si seguimos jugando a esto. Me siento como un esquizofrénico.

– ¡Primero que nada, habla más bajo! En segunda, ¡deja de pensar sólo en ti! Y finalmente, ¡piensa un poco!

– ¡Lo único que hago es pensar, Sawyer! Tú no eres la única que le da vueltas a esto, yo me he hecho la misma pregunta un millón de veces. Y no veo dónde está el problema. No eres mi hermana, ni yo tu hermano...

– ¡Todo el mundo piensa lo contrario! lo interrumpo.

– ¿A quién le importa lo que piense todo el mundo?

– ¡A mí! ¡A mí me importa! Creí que estábamos de acuerdo...

– Cambié de opinión, es todo. Ya no tengo ganas de esconderme. ¡No tiene ningún sentido!

– ¿Has pensado por un segundo en las consecuencias?

– ¡Sí, Liv! ¡Y ya estoy harto de tanto pensar! ¡Yo quiero vivir! se enoja en verdad.

Nuestras voces ahogadas chocan. Luego nada más. Nunca había escuchado un silencio tan aturdidor. Un solo escalón nos separa, pero hay un abismo de incompreensión entre nosotros. Y éste nos aleja cada vez más. Si diera un paso hacia él, me caería. Si retrocedo, lo pierdo. Y si Tristan me jala hacia sí, caeremos juntos. En este instante, ninguna de estas opciones me parece viable. Entonces dejo que este silencio mortal se instale, que este malestar me oprima, sin moverme ni un centímetro. Ni dejar su mirada que me desafía a decirle que sí.

– No comprendo, dice con una voz cansada. Podrías pelear contra los demás. Pero prefieres pelear contra mí.

Tristan observa mi boca, como si ésta fuera su última esperanza, como si sus ojos azules tuvieran el poder de sacarle la verdad. Pero ella es incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Entonces me rodea y va a encerrarse en su habitación. La puerta azotándose me hace sobresaltar. Todo mi cuerpo tiembla cuando me encuentro sola. Y es como si me acabara de dejar.

O más bien, y lo que es peor, como si yo no hubiera hecho nada para impedirlo.

Yo no quería venir a este concierto. Pero de mis allegados, cercanos o lejanos, no conozco ni una sola persona de menos de 30 años que no vaya a ir. Todo el mundo no habla más de que eso, desde principios del mes de diciembre. Los Key Why tocarán en Miami por primera vez, en un bar de moda que también sirve de salón de conciertos. Ningún joven de Key West se atrevería a perderse este evento - aun cuando haya que viajar tres horas para verlos tocar treinta minutos. El grupo de Tristan se hizo notar por un productor de música, de vacaciones en las Keys, quien decidió darle una oportunidad a los cinco chicos proponiéndoles abrir un concierto. « La oportunidad de nuestras vidas », dijo Drake. « No si quiere convertirnos en una boy band », gruñó Tristan alzando los hombros, por simples ganas de llevar la contraria.

No ha dejado de estar de mal humor desde nuestra última conversación.

Y creo que a mí no va mucho mejor...

En todo caso, si estoy aquí, es simplemente para no llamar la atención si no vengo. Y también porque le prometí a Bonnie que le haría una ovación de pie cuando el grupo le agradezca a su corista. Y también un poco para observar a Tristan fuera de su zona de comodidad, frente a un público más exigente que sus

fans habituales.

Bueno, está bien. Y también para verlo cantar, bailar y transpirar en el escenario. Nunca se ve tan sexy como cuando su música lo habita.

Bueno, está bien. Ya lo he visto mucho más sexy que eso, habitado por... mí.

Bueno, ¿y si dejo de hablar sola en mi mente?

Bastó con una sola canción para que varias chicas - más grandes que yo y mucho más arregladas - dejaran su cocktail y su conversación para voltear hacia él. Con ambas manos aferradas a su micrófono de pedestal, su camisa negra salida a medias de su pantalón ceñido, su cabello despeinado ya y sus ojos cerrados, Tristan comienza un cover al cual le bajó el ritmo. Un viejo éxito de rock que su voz grave transforma en balada sensual, a capella, hasta que el grupo detrás de él se enfada y regresa a la energía de la versión original. Ellos han logrado captar la atención del público. Dos o tres canciones más tarde, hasta las creaciones originales de los Key Why tienen su efecto: los brazos se levantan en el salón, los cuerpos se mueven al ritmo, las manos aplauden y los gritos se escuchan frente a un Tristan en trance. Su cabello está empapado sobre su nuca, la camisa se le pega al torso y su voz se vuelve cada vez más ronca. Su carisma acaba con todo a su paso. Incluyéndome a mí.

A mi derecha, escucho a un grupo de mujeres debatiendo sobre la probable edad del « cantante guapo », si tendrá veinte, o treinta, según el tamaño de sus músculos, la luz en su rostro, la profundidad de su voz, « todos los cigarrillos y whiskeys que debe tomar », « su sonrisa inocente » que contrasta con su sex appeal y su virilidad, y « todo lo vivido en su mirada ». Ríe por dentro pensando en todo lo que ignoran de él y en todo lo que le inventan también.

Y no puedo evitar sentir una especie de orgullo... erróneo.

Drake avanza cerca del micrófono de Tristan para anunciar que ésta será su última canción y presentar a los miembros del grupo: Elijah en el bajo, Cory en el teclado, Jackson en la batería, Bonnie en los coros - y no olvido gritar « ¡Eres la mejor! » - y Tristan en la voz. Obviamente es él quien recibe la ovación más grande. Y la más femenina. Él intenta acortar un « gracias » apenas murmurado, pero que obtiene el efecto contrario al que buscaba. Sus nuevas fans no se resisten a su sonrisa reservada, en el límite entre verdadera modestia y falsa indiferencia.

Los Key Why comienzan un cover de los Stones, un rock con ritmo pero modernizado, que le permite tanto al grupo como al público volverse locos por última vez. Bailo sin darme cuenta, presa de la euforia colectiva y la coreografía vintage que Bonnie improvisa sacudiendo su afro al mismo tiempo que su trasero. No es sino hasta que Tristan le extiende la mano a una chica de la primera fila para hacerla subir al escenario que escucho la letra: « I wanna be your lover, baby, I wanna be your man. Love you like no other, baby, like no other can. »

« Quiero ser tu amante, nena, quiero ser tu hombre. Te amo como nadie, nena, como

nadie puede amarte. »

La afortunada se contonea al lado del cantante que juega al seductor, con las otras chicas en el salón gritando de emoción y de envidia. Y hiervo por dentro. Muy a mi pesar. Por culpa de esa canción idiota con letra simplista. Del efecto que tiene Tristan en las mujeres, esté donde esté y haga lo que haga. Y de los celos que comienzan a punzarme en el corazón, porque él no me mira ni una vez al cantar.

– Lo odio... Pero aun así quisiera ser él, suelta Fergus a mi lado, totalmente fascinado.

– Es tan fácil, gruño poniendo los ojos en blanco.

Creí que mi mejor amigo odiaba a Tristan por lo de la fiesta. Ignoraba que también estaba un poco celoso...

– Bueno, entonces me bastaría sólo con ser él, suspira Fergie cambiando de blanco.

Mi amigo contrariado me señala a Romeo, recargado en la barra, aparentemente solo, pero rodeado de mujeres con vestidos cortos y que le hacen ojitos, tal vez para obtener una copa gratis o esperando pasar la noche con él. No sabía que él también vendría a este concierto. Y mucho menos sabía que el estilo « latin lover + tipo ideal » tendría tanto éxito.

A menos que sea por el look de joven businessman con dinero... Debo seguir siendo demasiado ingenua.

– Es el brazo derecho de mi padre, le explico a Fergus.

– Ya sé. Un buen trabajo y una chica sexy es todo lo que pido, suspira implorando al cielo.

– ¡No, sólo quieres una chica que esté de acuerdo! bromeo para intentar animarlo.

– Cierto. Pero en mi carta para Santa Claus, puse todas las opciones, senos falsos y mini falda. Pedí una barba también. ¡Pero para mí, no para ella! Y algunos centímetros más. Y algunos kilos de músculos, pero tengo miedo de abusar. Y quisiera cambiar mis orígenes italianos por unos italianos o mexicanos. Y también...

– ¡Ya entendimos, Fergie! ¡A mí también me gustaría cambiar algunas cosas en esta maldita vida!

Me enojé demasiado. Pero todo el tiempo en que Fergie estuvo quejándose, Tristan finalmente me volteo a ver. Bajó del escenario y atravesó la multitud hasta el bar, con varias chicas alrededor de él, tomándolo de la nuca, la cintura o susurrándole no sé qué al oído. Y todo eso, lo hizo sin dejar de verme. Con un aire de desafío en su mirada grave.

– ¡Tengo sed, ya regreso! le anuncio a Fergus dejándolo allí.

Necesito cambiar de aires, sobre todo no caer en la trampa de los celos. Intento abrirme camino hasta el bar y es Romeo quien vuela en mi auxilio, sin

querer.

– ¡Oh, hola Liv ! lanza mi colega.

Y siento que está contento de encontrar una cara conocida en la multitud para mantener la compostura.

– No sabía que estabas aquí. Ah sí, eres la hermana de... Bueno, la hermanastra del cantante. ¡De hecho, el grupo es muy bueno!

Romeo cree hacerme bien con esta conversación amigable, pero sólo tengo ganas de hablar de otra cosa. De todo excepto de Tristan Quinn. De tener una plática simple con una persona simple, sin indirectas ni provocaciones, sin juegos de seducción ni de poder.

– ¿Te ofrezco algo de tomar? me propone amablemente el castaño alto. ¿Una soda estaría bien?

– ¡Sí, muero de sed! Gracias.

Las dos pretendientes en mini falda se van, con las cejas alzadas, como si no pudieran ver lo que Romeo me ve de diferente a ellas. Entonces me doy cuenta de lo ambigua que puede ser una simple copa ofrecida por un colega de trabajo más grande que yo y que sólo quiere ser amable conmigo. Una mirada azul, llena de rabia, se cruza con la mía justo en ese momento. Me quedo fija. Tristan parece convencido de que intento ponerlo celoso ahora. Y ni siquiera había pensado en eso. No esta noche. No después de nuestra última conversación acalorada sobre el futuro imposible de nuestra relación. Me amarro el cabello en una falsa cola de caballo, como si este tic nervioso pudiera ayudarme a retomar el control de la situación. Es entonces que el rockstar salta de su taburete, se frota nerviosamente la nuca y toma a una linda rubia de la mano. La misma a la que hizo subir al escenario hace rato. Él camina al lado de la barra con un paso decidido y con la chica trotando detrás de él, desaparece detrás de una espesa cortina negra, hacia lo que me parece ser los bastidores. No lo pienso ni un segundo más.

– ¡Tengo una urgencia, ya regreso! me disculpo con Romeo, quien parece no comprender nada, pero me sonrío educadamente de todas formas.

Corro, me deslizo entre los grupos de gente de pie, me golpeo la cadera contra la esquina de una mesa soltando diez groserías, luego atravieso la cortina, avanzo en una semi obscuridad hasta encontrar la puerta de un camerino cerrada. « Key Why » está escrito con plumón negro sobre una hoja de papel pegada. Estoy segura de que los dos están ahí dentro. Segura de que debo entrar, de inmediato, para impedirles que hagan lo que sea que estén haciendo. Solamente estoy buscando qué decir, en qué tono, con qué voz y por qué razón. Pero no pienso en nada.

– ¡Vete al diablo! grito abriendo violentamente la puerta.

Tristan está solo, sentado sobre una mesa, frente a mí. Como si llevara varios segundos esperándome allí. Sus manos están puestas sobre la orilla de la

mesa, sus piernas se balancean en el vacío y su cabeza inclinada hacia el frente se endereza para mirarme. Orgullosamente, como si acabara de ganar esta guerra.

– ¡No caminas, corres, Sawyer!

Su insoportable sonrisa victoriosa me hace apretar los puños y entrecerrar los ojos.

– ¿Dónde está la chica?

– Ni idea, dice haciéndose el inocente y alzando los hombros.

– ¿Estás contento?

– Bastante.

– ¿Te divierte usar a tus fans para tenderme una trampa?

– ¿Y a ti te divierte que un chico más grande te ofrezca una copa para ponerme celoso? ¡Un chico que además trabaja con tu padre!

– ¡Estás inventando! ¿Y a ti te parece normal escoger una canción tonta para proponerle a una desconocida ser « su hombre » ?

– Eso no debería causarte problemas, ya que no quieres que sea el tuyo.

– ¿Así que a eso estamos jugando? ¿A demostrar que quiero más de lo que digo?

– Yo no estoy jugando, Sawyer. Eso es lo que no logras entender.

– ¿Por qué habría de creerte? Te diviertes con todas las otras. Ellas están convencidas de que son las únicas. Tus fans a quienes le cantas canciones de amor mirándolas a los ojos. Tus ex que regresan a la carga. Ésas que llaman a la casa lloriqueando. Ésas que se atreven a venir pensando que las esperas. Lana que todavía no te ha superado. Piper que se invita a Thanksgiving como si eso fuera absolutamente normal. Y Ashley, Jenn, Kayla. ¡Estoy segura de que yo me acuerdo de sus nombres mejor que tú! ¡Hasta las niñeras de Harry te miran como si les hubieras roto el corazón!

Ya no puedo dejar de hablar. Todas mis frustraciones, todas mis inseguridades y todos mis miedos salen a flote en este camerino silencioso, a salvo de las miradas y de los oídos indiscretos, mientras que Tristan continúa balanceando lentamente sus piernas bajo la mesa, con la cabeza inclinada hacia un lado para escucharme mejor.

– ¿Cómo podría confiar en ti? Tienes todas las chicas que quieres. ¡Y todas creen que eres soltero!

Al escuchar esta última palabra, Tristan salta para ponerse de pie y recorre los pocos metros que nos separan, a una velocidad loca, como si flotara por encima del suelo. Luego sus manos toman mi rostro, su boca se pone sobre la mía y su impulso de pasión me hace retroceder hasta chocar contra la puerta cerrada.

– Dime que no lo estoy, Liv. Soltero. Sólo tú lo puedes decidir. Si quieres estar conmigo. O no. ¡Es tan simple como eso!

Su voz grave murmura tanto como grita. Siento como si estuviera

escuchando un ultimátum. Su aliento cálido hace volar los mechones de cabello sobre mi rostro. Y sus ojos azules me atraviesan de lado a lado. Como si intentaran ver claro dentro de los míos. Cavar hasta llegar al fondo de mi corazón. De repente, me siento desarmada, desnuda, incapaz de mentirle, de contener las confesiones que me queman los labios.

Todo eso que nunca me confesé ni a mí misma.

– Quiero ser la única, susurro.

– ...

– Tengo... Tengo sentimientos por ti. Más de lo que digo. Y más de lo que crees. Y... quisiera que fuéramos... que tú fueras mi... ¡Mierda! ¡Ya no quiero morirme de celos en silencio! ¡Ya no quiero ver ni a una chica más tocándote, devorándote con la mirada y haciéndote todo lo que yo no tengo derecho a hacerte!

– ¡Entonces hazlo, Liv!

– ¡No puedo! No soy una rebelde como tú. No voy a soportar los gritos de Sienna. Las lágrimas de Harry que no entenderá nada. El silencio de mi padre que creerá que todo es su culpa. Y la mirada de los demás, enumero sintiendo la emoción ganándome.

– Está bien, está bien...

Tristan suspira y me jala hacia sí, como si bajara las armas. Pongo mi frente sobre su torso, él recarga su mentón sobre mi cabeza y me abraza. Antes de apretarme tan fuerte que casi dejo de tener miedo.

– ¿Qué está bien? murmuro en su cuello.

– Está bien lo del compromiso. Eso es lo que hacen las... *parejas*, ¿no?

– ¿Las qué? digo sonriendo.

– Está bien que sigamos escondiéndonos, pero sólo si dejas de contenerte, de dudar de mí, de pensar que no tenemos derecho...

– Te prometo que lo intentaré.

– Guardaremos el secreto, pero estamos juntos, de verdad, anuncia su voz grave, casi solemne.

– ¿Qué quiere decir eso?

– ¡Que somos exclusivos! ¡No más Kyle, Jake, Romeo o cualquier otro chico a quien quiera romperle la cara!

– Me parece bien... ¡Pero ya no más Piper ni Lana!

– ¡Y ya no más fracasados ofreciéndote tragos!

– ¡Ni fans manoseándote!

– ¡Ni condones!

– ¡¿Qué?!

Casi me ahogo y me enderezo tan rápido que me golpeo la cabeza contra la puerta detrás de mí.

– Mierda, creí que me saldría con la mía, se burla Tristan mientras que hago

una mueca.

– ¡Sé serio!

Lo obligo a mirarme tomándolo del mentón. Jamás había pensado en esa cuestión. Y sobre todo, jamás hubiera pensado que viniera de él.

– Sólo si tienes ganas, Liv. Pero podríamos ir a hacernos pruebas juntos. Tenernos confianza, por primera vez.

– Tendría que tomar la pastilla, pienso en voz alta.

– Puedo acompañarte. Hay una clínica donde puedes hacer todo eso discretamente, al lado de la universidad.

– Ni siquiera quiero saber cómo sabes todo eso. Ni con quién tuviste que hacer todo eso...

– Con nadie. Fue para un amigo, sonrío, tan inocentemente que casi le creo.

Sus labios se colocan sobre los míos, suavemente, los rozan, los acarician. Su aroma me embriaga. Mis manos van a perderse en su cabello loco. Y olvido todo.

Dos días más tarde, nos encontramos frente a la clínica para jóvenes de la ciudad, casi disfrazados. Tristan le pidió prestada una camisa a alguien y parece cualquier estudiante normal, con los colores de la universidad de Key West. Se puso gel en el cabello y se lo peinó hacia atrás, como si saliera de la regadera, para cambiar su melena castaña despeinada por algo más serio. No me atrevo a decirle que aun así me parece apuesto. Y me trajo una gorra demasiado grande para que esconda mi largo cabello rubio. Intenta hacerme reír mientras que esperamos nuestra cita sobre un banco, él en un extremo y yo en el otro.

– Siento como si fuera un jugador de football americano tonto que tuvo suerte con una porrista anoche.

– Y que no se atreve a mirarla a los ojos, por si acaso está embarazada, agregó.

– ¡Te advierto que si son gemelos, no me voy a casar contigo!

– ¡No te pedí nada, Kevin!

– Eso no es lo que decías ayer, Britney...

Su mirada coqueta y su risa me tranquilizan. Una toma de sangre de cada uno más tarde, Tristan me acomoda un mechón de cabello que se escapó de mi gorra y luego me lleva hacia el consultorio de un doctor para después esperarme afuera. Una mujer con bata me recibe, me hace algunas preguntas y me prescribe la pastilla sin más problemas, felicitándome por esta decisión. Y antes de agregar, con un guiño que quería que fuera de complicidad:

– Cuando una ha encontrado a la persona correcta, no hay razón para no hacerse bien.

La. Persona. Correcta.

– En cuanto a los gemelos, no lo sé, ¡pero la ginecóloga quiere que nos casemos! le digo a Tristan cuando lo veo de nuevo.

– ¡Ni en tus sueños, Sawyer!

– ¡Ten cuidado, Quinn, todavía puedo cambiar de opinión!

– Yo no dije nada...

Él levanta las manos al aire para demostrar su inocencia, pero me ofrece su irresistible sonrisa de culpa. Le doy una patada de juego, por principio y luego me derrumbo al lado de él sobre el banco, recargándome en su hombro, aliviada de que todo haya terminado. Tristan mira furtivamente a su alrededor, me quita la gorra y la utiliza para esconder nuestros rostros, antes de besarme, a salvo de las miradas.

Mierda. Si no nos conociera, diría que Kevin y Britney están enamorados.

3. Frente al mar

6 :12 a.m.

Abro un ojo y me doy cuenta de que Tristan vino a acompañarme en la noche. Sólo llevo puestas unas bragas diminutas, él está profundamente dormido boca abajo, con la cabeza volteada hacia mí. No tengo la fuerza para entrar en pánico o pensar en el peligro. Puede ser que sus declaraciones me tranquilicen. Que la decisión que tomamos juntos me vuelve más serena. Estoy segura de que es él quien me da todo este valor. En todo caso, me conformo con despertar acariciando su espalda musculosa con la punta de los dedos y observando su rostro tranquilo. En este instante, la posibilidad de que alguien nos encuentre aquí, en mi cama, de madrugada, me parece menos abominable que lo que me espera.

El periodo de la Navidad se acerca, al igual que todas las labores que la acompañan. Ir a Francia para pasar algunos días con mi madre, y hacer lo posible para que el tiempo pase más rápido. A mi padre le gusta que lo haga y es por él que me sacrifico. Para que deje de sentirse culpable por no haberme dado la *figura materna* que merecía. En realidad, puedo vivir sin ella. Puedo parecer excesiva, dura, pero es así como aprendí a protegerme.

Las dos dejamos de actuar desde hace muchos años. Y en vez de esperar a que se despierte, que cambie, que deje de ser esa madre ausente, egoísta, indiferente, decidí imitarla, vivir mi vida sin ella. Mantenerla a distancia para no sentirme abandonada. Marianne Hardy tomo su decisión, hace dieciséis años, cuando se dijo a sí misma que ya no quería seguir jugando a las muñecas. Y mucho menos a la mamá.

No llevo ni su apellido, ni su amor.

¿Lo único que nos une? Lo rubio de nuestro cabello, el color de nuestros ojos y lo claro de nuestra piel.

Tristan se estira suavemente, cerca de mí. Sin abrir los ojos, se voltea de espaldas, dejándome admirar su torso perfectamente dibujado, la fineza de sus rasgos, los tenues rayos de luz que parece deslizarse sobre su piel. La cobija se le sube hasta el ombligo, impidiendo que me aventure más abajo. Pero no importa, no lo necesito. No ahora. Su belleza me basta para apaciguarme.

– ¿Hasta cuándo piensas observarme, Sawyer?

Su sonrisa retorcida está particularmente tentadora. Su mirada animal. Su voz ronca salió de la nada y resonó mucho más fuerte de lo que debía. Mordiéndome las mejillas para no reír, me lanzo sobre él y aplaco mi mano sobre

su boca. Con una sonrisa desafiante sobre los labios, le murmuro:

– ¿Quieres que nos atrapen? Habla menos fuerte, sobre todo si es para decir esas tonterías...

– ¡Admite que eres adicta! resopla quitándome bruscamente la mano.

En menos de dos segundos, me encuentro atrapada entre un blando colchón y un cuerpo de titán. Sus labios se pierden en mi cuello, gimo y me agito para empujarlo. Fracaso: el insolente me controla con una facilidad impresionante.

– Deja de luchar, ya te dije que no me vas a ganar...

– Suéltame si no quieres terminar estéril...

Él ríe con su voz profunda, luego clava sus ojos hipnotizantes en los míos.

– Liv Sawyer y su delicadeza legendaria...

– Si querías una Miss America o una rubia sin cerebro, no me hubieras elegido a mí.

– Tuve exactamente lo que quería, sonrío de esa manera que me desarma. Una chica hombruna con ojos de hielo, carácter de fuego y piernas interminables. Una chica sublime y radiante, que dice groserías y no sabe a qué grado me vuelve loco.

Su sonrisa devastadora y la llama que arde en sus ojos me hacen olvidar todo: lo prohibido, el peligro debido al lugar en que nos encontramos, el calvario que me espera dentro de cuarenta y ocho horas y hasta mi teléfono que está vibrando frenéticamente, por tercera vez en tres minutos.

– Contesta, uno nunca sabe, suspira finalmente Tristan soltándome.

Un poco enojada, extendiendo el brazo hasta mi buró y tomo mi celular. El nombre de Bonnie se muestra en la pantalla, Fergus aparece igualmente en los destinatarios. En total, tres mensajes.

[Soy oficialmente la reina de las cornudas. Póstrense ante mí.]

[¡Drake se acostó con la zorra de cabello rosa! Y creo que no es la única...]

[Debí imaginarlo. Ningún chico de 18 años es monógamo. A menos que sea un niño cantor. O esté lleno de acné. Y de escamas. En todo el cuerpo. ¡ODIO A LOS CHICOS!]

Dejo caer bruscamente mi cabeza sobre la almohada, suelto un gruñido y empujo la mano de Tristan que acaba de ponerse delicadamente sobre mi vientre.

– ¿Qué sucede? pregunta recargándose sobre un codo, de perfil.

– Drake es un imbécil.

– ¿Y eso es mi culpa?

– ¿Tú sabías que le saltaba encima a todo lo que se moviera?

– No es como que nos contemos todo frente a la chimenea, Liv...

– Seguro. Porque ustedes, los *chicos* de verdad, los duros, son mejores que eso, digo con ironía tomando mi playera XXL para ponérmela.

– Eso no es lo que dije, gruñe.

Me volteo para estar frente a él, que se despeina el cabello bostezando y no sé qué se enciende en mí, pero regreso a acurrucarme contra él.

- Lo lamento, resoplo. Bonnie es mi mejor amiga...
- Y Drake es el mío, pero no puedo controlarlo.
- ¿Y sí podrías romperle la cara?
- También castrarlo, si te sirve de algo.
- Bonnie te lo agradecería mucho.
- A ti es a quien quiero satisfacer, Liv, sólo a ti, murmura, esta vez en serio.

Sus labios rozan los míos, con una dulzura embriagante. Y cuando estoy por entreabrir la boca para invitar a su lengua dentro de ella, el niño travieso me pellizca la punta de la nariz, se levanta y desaparece de mi habitación con sus bóxers que me revelan todo - y de paso se burlan de mí. Como si nunca hubieran pasado clandestinamente una noche conmigo.

- Te voy a extrañar cuando estés en Francia, susurra acariciándose la cabeza. Afortunadamente, Drake sabrá cómo mantenerme ocupado durante tu ausencia...

Tomo una sandalia del piso y se la lanzo. Él la esquivo, pareciendo muy orgulloso de sí mismo.

- Qué violencia...
- Qué imbécil.
- Qué enojona.
- Idiota.
- Sexy.
- ...
- Nunca te haría eso, Liv.
- ¿Seguro?
- ¿De qué me serviría? Sólo hay una como tú.

Su mirada enloquecida me recorre de arriba a abajo, insistiendo en mis piernas desnudas. Me sonrojo instantáneamente. Luego Tristan me dirige una especie de saludo militar combinado con la más tentadora de las sonrisas y se aleja de una vez por todas. La casa se sumerge nuevamente en el silencio.

Seis días sin él... ¡Mierda!

Craig me deja en el aeropuerto asegurándose de que tengo suficiente ropa limpia en mi maleta, suficientes M&M's para aguantar las diez horas de avión y suficientes pañuelos en mi bolsillo para ayudarme en el momento de nuestra separación - mi padre, el gran bromista. Después, adopta un tono más serio y me repite que me ama, que a su manera, Marianne también, que él y yo estaremos juntos toda la vida y que hasta ahora soy su éxito más grande. Por supuesto, no

puede evitar agregar que hubiera preferido tener un hijo, para llamarlo Craig Junior.

Hi-la-rante.

Golpeo el piso con el pie durante una hora, duermo dos, leo tres revistas tontas, me como cuatro dulces de un sólo golpe, sin apetito, intercambio cinco palabras de cortesía con mi vecina y cabeceo durante las seis horas restantes del vuelo. Al llegar, una rubia alta con traje negro me espera, con su auricular de Bluetooth pegado al oído.

¿Una anfitriona de bienvenida? No, mi madre.

– ¡Liv, qué bella estás!

– Hola, mamá.

– ¡Y bronceada!

– Gracias...

Sus cumplidos siempre me incomodan, como si vinieran de una extraña. Tiritito con mi abrigo, soplo en mis manos esperando salvar un dedo o dos. Pasé de los 25 grados a -1, entre el invierno de Florida y el de París. Indiferente a mi dolor, Marianne me observa de los pies a la cabeza, como si me evaluara antes de comprarme, luego me abraza falsamente - teniendo cuidado de no arrugar su bello traje de mujer de negocios.

Mi madre gana mucho dinero y eso le basta para ser feliz.

– ¡Tengo una sorpresa para ti! Vamos a pasar dos días en París... ¡y luego tres días en Bretaña! ¡Así verás el mar!

– Vivo a orillas del océano, mamá. Lo ceo cuando abro las cortinas cada mañana...

Ella laza los hombros, demasiado preocupada por otra cosa como para intentar justificarse, y se dirige hacia la salida. Me va a llevar a Bretaña por su trabajo, ¡estoy segura de eso! Mi madre me ve cinco días al año, pero ni siquiera en este periodo soy su prioridad. Cansada pero habituada, la sigo con la nariz tapada y arrastrando mi maleta de dos toneladas tras de mí.

¿Qué tanto metí en ella?

Una vez en el auto - un sedán brillante que probablemente le regaló su jefe, quien la aprecia tanto en las horas de oficina como afuera -, enciendo la calefacción al máximo, lo cual no le gusta mucho.

– ¿Quieres hacer que se me corra el maquillaje? exclama. ¡Me cuesta mucho trabajo mantenerme joven, algún día lo comprenderás!

– ¿Entonces será mejor que atrape un resfriado? ¿Con tal de que tú logres verte diez años más joven?

– ¿Diez años? ¿Nada más?

Su pequeña voz triste me horripila, así que volteo la cabeza hacia la ventana y observo el paisaje, que es bastante feo, de los suburbios parisinos. Una vez que

llegamos a su loft del cuarto distrito, puedo pegarme a un radiador, quitarme dos de las cuatro capas de ropa que traigo encima y acurrucarme con una taza de café negro. Marianne, por su parte, se prepara una tisana rejuvenecedora y desaparece para hacer una llamada *express*.

Traducción: va a regresar en cuarenta y cinco minutos.

Redescubro mi habitación, una pequeña recámara clara y poco amueblada, sin ninguna foto en las paredes ni toque personal. Aquí duermo cada vez que vengo. Aquí paso noches en blanco, esperando regresar con mi verdadera familia.

Craig. Betty-Sue. Los Keys.

Pienso en vaciar mi maleta, pero finalmente cambio de opinión. Me pongo una segunda sudadera, mi abrigo, mi bufanda y mi gorro y salgo a recorrer París, una ciudad que me fascina a pesar del ruido, la contaminación... y la cercanía de mi madre. Camino sola, durante varias horas, por los callejones y las grandes avenidas, entro en algunas tiendas, miro todo, pero no compro nada, le sonrío a algunos transeúntes y a otros les hago caras, observo los rostros felices, a algunos días de las fiestas. Y de repente, extraño terriblemente a mi padre.

Sin hablar de Tristan...

Vuelvo a pasar por la puerta del loft a finales del mediodía, Marianne está descongelando una sopa, pegada todavía al teléfono. Apenas si me hace una seña con la mano. Voy a encerrarme en mi habitación. Mi caparazón se fisura a veces. Ver a qué grado le doy igual me lastima. Un poco. Sólo un poco.

Busco en mi maleta un nuevo par de zapatos, antes de notar cinco paquetes bien escondidos entre mis sudaderas y mis jeans. Todos están enumerados - del uno al cinco. Destrozo el primer empaque imaginando al tonto de mi padre preparándose una broma.

Me equivoqué. Es la escritura de Tristan lo que reconozco en el post-it amarillo, pegado sobre su playera de Led Zeppelin. Sobre el pequeño cuadro fosforescente se lee:

« Ya sé que voy a extrañar tu olor. Espero que sea recíproco... »

Si lo hubiera tenido frente a mí, probablemente ya lo estaría molestando. No habría podido evitarlo. Pero estoy sola... y profundamente conmovida. Tan sorprendida, tan conmovida que me dejo llevar. Sonrío, con lágrimas en los ojos y hundo mi cabeza en el algodón que huele a desodorante, a detergente y a él. Sólo a él. Después de aspirarla por varios minutos, volteo el post-it y descubro un segundo mensaje:

« Cinco sorpresas por cinco días sin mí.

No hagas trampa, Sawyer. No abras la siguiente sino hasta mañana...

Mientras tanto, ponte mi playera sin nada abajo. Es una orden. »

Al otro lado de la pared, Marianne me llama y me hace salir de mis ensoñaciones. Voy con ella y cenamos juntas porque no tengo otra opción. Nuestra

conversación se limita a tres temas: sus productos « milagro », su trabajo « cautivante » y el hecho de que la gente fácilmente podría creer que somos « hermanas ». Obviamente pongo de pretexto el cambio de horario para ir a acostarme antes del postre. Y me deslizo bajo las sábanas con esa playera, de la cual estoy locamente enamorada, contra mi piel.

Eso ya no es un secreto...

Sin pensar en la hora que es en Key West, decido enviarle una selfie. Me tomo una foto, recostada en mi cama, destacando mi playera e iluminada por la lámpara de mi buró. No sé si poner una sonrisa seria - demasiado ingenua - o una mueca tonta - demasiado infantil. Y termino por sacar la lengua, sólo un poco, sonriendo con los ojos.

« El compromiso. Eso es lo que hacen las parejas, ¿no? »

Segundo día en París. Recibo los copos de nieve y la llovizna que caen en el barrio del Marais escuchando repetidamente el pequeño lector MP3 que se encontraba dentro del segundo paquete. En total, treinta pistas, veintinueve canciones. Rock, un poco de blues, de jazz y hasta pop. La primera pista - mi preferida hasta ahora - es un grabación de Tristan, con su voz profunda, sensual, que me aconseja ir a visitar ciertas disquerías de la capital, ahí donde su padre lo llevó en su único viaje a París, entre *hombres*. Él tenía 14 años. Fue justo antes que la muerte los separara.

Si creyera en los cuentos de hadas, diría que algún día regresaremos juntos, él y yo...

Pero por ahora, me conformo con una nueva selfie en una de las tiendas de discos, con los audífonos puestos, para enviarle un nuevo guiño a Tristan, en forma de agradecimiento... También una manera de expresar lo que no puedo decirle con palabras.

Tercera mañana, después de una noche llena de sueños, de acordes de guitarra hechizantes y de bóxers ceñidos. Salida hacia Bretaña con dirección al Morbihan. Marianne conduce prudentemente, con los ojos pegados al camino, mientras que yo me como mis palomitas de chocolate - uno de mis placeres culposos - que se encontraban en el tercer paquete sorpresa.

Me tomo una nueva foto en el auto, con la boca llena y chocolate en el mentón.

Ni modo. Tristan me pidió que me soltara un poco, ¿no?

- Nos quedan cuatro horas de camino, tendrás que hablar conmigo, Liv...
- ¿De qué? pregunto, sorprendida por su petición.
- De ti. De tu vida allá. De tu novio...

– ¿Cuál novio?

– Oh, ¡no creas que soy tonta! ¿A quién le estás enviando esos mensajes y esas fotos? Además, me parece que has cambiado. Te ves más... mujer.

– ¿Y ahora que soy una mujer sí te intereso?

No quise ser hiriente, salió solo. Mi madre tensa los dedos alrededor del volante y no agrega nada durante varios minutos. La tensión en el auto es asfixiante.

– Es difícil hacer como si la distancia entre nosotras no existiera. Somos extrañas la una para la otra.

– Apenas si logras llamarme mamá, murmura Marianne.

– Pues, no quieres ser una.

– ¿Eso te dijo tu padre?

– No. Dieciocho años de experiencia.

Ella suspira suavemente, y yo me refugio en el paisaje. Las palomitas de Tristan no duran mucho, al igual que mis esperanzas de que esta conversación lleve a alguna parte.

Los tres días siguientes, enfrento el frío y los vientos bretones durante largos paseos en la playa. Aquí la naturaleza reina, con todo su poderío. El agua adquiere tonos oscuros, las mareas caprichosas agitan las olas llenas de espuma, que llegan a estrellarse contra las rocas. Respiro el yodo y el aire puro para llenarme los pulmones con él. Marianne está muy ocupada con su trabajo, no le reprocho nada. Hasta creo que es mejor, así tengo todo el tiempo para pensar en Tristan, para esperar sus respuestas sin que mi madre pueda ver mis nervios, cómo río tontamente frente a los mensajes que me envía, teclear frenéticamente durante horas para hablar con él. Le confesé que estas « vacaciones » no eran para nada un infierno. Él no pudo evitar declarar que era gracias a él. Y lo negué rotundamente, obvio.

Hasta ahora, no nos habíamos autorizado realmente a enviarnos mensajes, por prudencia, por miedo de dejar huellas en nuestros celulares, de que nos atraparan en pleno intercambio virtual alguno de nuestros padres. Pero la distancia y la ausencia han cambiado todo. Yo fui la primera en ceder. Y no me arrepiento.

En el paquete número cuatro se esconde una nueva maravilla. Lanzo un grito de chica boba - pero en celo - al descubrir la foto que Tristan tomó de nosotros a mis espaldas. Sólo se ven nuestros rostros, estoy dormida, parezco perfectamente serena. Él sonrío.

La noche que pasamos en mi cama...

¿Por qué me veo más bella cuando él está conmigo?

El último día de mi exilio en Francia, Marianne y yo retomamos el camino hacia la región parisina - más precisamente, el aeropuerto. No debería, estoy

segura de que sería mejor esconderlo, pero muero de impaciencia por subir a mi avión y volar a los Estados Unidos. La lista de personas que muero por volver a ver no es muy larga, pero eso no cambia mi emoción. Al fin me siento con las ganas de celebrar la Navidad...

– No sabía qué comprarte para las fiestas así que haz lo que quieras con esto, me dice mi madre dándome un sobre. ¡Es en dos días, no lo abras antes! De todas formas te llamaré, es nuestra tradición.

– Sí, gracias.

Dos llamadas al año y un cheque, como cada año desde que tenía 12 .

Duermo en el auto mientras ella hace un par de llamadas y escucha el radio. Una vez que llegamos al aeropuerto, intercambiamos algunas banalidades, algunas sonrisas un poco forzadas, un beso y mi madre me deja antes de que llegue al área de embarque. En mi bolso, el quinto y último paquete de Tristan, que guardé expresamente para el avión.

El resultado de las pruebas que nos hicimos en la clínica hace dos semanas. Abrazo las hojas, tanto por la sorpresa como para escondérselas al pasajero de al lado. Esperaba todo menos eso. Mi pulso se acelera y mi cerebro está en ebullición. Seguramente estoy sonrojada. Pero me atrevo nuevamente a mirar esos dos preciados pedazos de papel, discretamente, solemnemente, como si toda mi vida dependiera de esas escasas líneas. Todo está bien, nuestros resultados son negativos. Y tengo ganas de gritar mi alegría, como si al fin pudiera celebrar una victoria en esta historia. Las hojas están nuevamente pegadas a mi corazón que golpea en mi pecho. Cuando las miro por tercera vez, percibo dos grandes caritas felices dibujadas con tinta roja, más abajo. Y la inscripción:

« Ya verás, Sawyer... »

4. Antes de la tempestad

¡Home, sweet home!

« Sweet », tal vez no. Pero al menos ÉL estará allí.

Desde que vivimos todos juntos, las vacaciones de Navidad de los Lombardi-Quinn-Sawyer tienen una extraña tradición... Primero, nos levantamos todos enojados con los demás. Luego Sienna se va con Harry para pasar las fiestas con la familia de ella - Tristan no tiene que hacerlo desde que se comportó lo suficientemente mal como para avergonzar a su madre. Y mi padre aprovecha para salir con sus amigos - antiguos colegas o compañeros de la inmobiliaria con quienes va a esquiar - ya que los negocios están bajos en esta época del año. Es ahí que recupero mi libertad. Oficialmente, estoy bajo la tutela de Betty-Sue, pero mi abuela resulta ser la más laxa y por consiguiente el mejor de los chaperones del mundo. Para la mayoría de las personas, las fiestas de fin de año son la ocasión de reunirse. En nuestra casa, es todo lo contrario. Es extraño que esto nunca le haya dado un indicio a mi padre o a mi madrastra acerca de la realidad de su sueño de linda familia recompuesta.

En fin, normalmente no soy una gran fan de Navidad. Pero la simple idea de volver a ver a Tristan, después de cinco días separados y tantas atenciones que tuvo conmigo durante mi viaje a Francia, hace que todo me hormiguee.

Malditos insectos, con sus miles de patas que me vuelven loca.

Me decepcioné de no verlo ayer al regresar a Key West. Pero el rockstar tenía obligaciones - ensayos y citas con el productor interesado en los Key Why - y esa imagen que tiene, como líder de su grupo que negocia un primer contrato, sólo logró que me pareciera más sexy. Y la espera todavía más excitante. Estaba decepcionada también por no haberlo visto esta mañana, con el cabello despeinado al despertarse, en playera y bóxers, con su bello rostro lleno de mal humor - una de sus facetas que prefiero. Pero mi padre me explicó que había regresado muy tarde y se fue temprano, y tuve que hacer como si me conformara con esta explicación. Mientras que pensaba en esa noche que pasamos en mi cama, justo al lado de él, en la suya, ambos separados por esa delgada pero tan cruel pared compartida.

[Deja de darte a desear, Quinn... ¡aparece!]

[No puedo.]

[¿Por qué? :(]

[¡No podré evitar lanzarme sobre ti! :)]

[¡Provocador! 3]

Nuestro intercambio de mensajes me impide reprocharle nada. Y como el día se prolonga perezosamente, con apatía e interminable, esperando la cena, mi corazón late a mil por hora cada vez que escucho un ruido en la calle o cerca de la puerta de entrada. Pero debo esperar más, más y más. Recostada sobre el sillón de la sala con Harry, Alfred y un plato de palomitas saladas, me repongo tranquilamente del cambio de horario acariciando al pequeño que hace lo mismo con su peluche. Vemos las caricaturas llenas de elfos, duendes y renos, y después películas de Navidad que ya he visto unas seis veces.

Y Tristan sigue sin aparecer...

Este año, me parece que la villa tiene una atmósfera extraña para ser Navidad. Un gran vacío, una calma inhabitual. Si fuera supersticiosa, creería que una gran tempestad se anuncia. O si no, que todo el mundo aquí ha bajado las armas. Según lo que comprendí, Sienna prefirió llamar a un banquetero que cocinar ella misma. Y las decoraciones de Navidad son más bien escuetas para alguien que le encanta tanto la exageración: un pino más grande de lo normal, algunos bastón de dulce colgados en las ramas y una guirlanda luminosa que me parece apagada permanentemente. Y la bota de Harrison es la única que espera cerca de la chimenea, como si nadie más hubiera querido seguir el juego.

– ¡Toc toc toc! exclama Betty-Sue entrando en la casa sin tocar. ¡Dios mío, qué ambiente!

Mi abuela baja la voz, sorprendida de verme en este estado y de constatar el vacío alrededor de mí. Ella hace una mueca molesta para disculparse por su gran entusiasmo y avanza de puntillas para unirse a nosotros sobre el sofá.

– ¿Qué sucede, todo el mundo está de huelga?

– Creo que papá está haciendo su maleta allá arriba. Sienna está en su oficina, tenía que arreglar algunas cosas de último minuto para el hotel. Todos se irán mañana temprano.

– ¡Nosotros también! exclama el pequeño hablando de él y su cocodrilo.

– ¿Y Tristan? me pregunta Betty-Sue con una mirada traviesa

– No he tenido noticias de él, digo en voz alta, como si no me importara en lo absoluto. Y ya me cansé de esperarlo; sé que se quedará aquí la semana que entra, agrego susurrándole a mi abuela al oído.

– Hmm... ¿Crees que...

– Betty-Sue, ¿ya llegaste? nos interrumpe Sienna.

– ¡Sí, pero puedo irme y regresar sólo para los regalos si prefieren!

– No lo tomes así. Sólo decía que no escuché que tocaras la puerta. Generalmente eso es lo que hacen los invitados a cenar.

– Lo lamento, dejé mis buenos modales justo en la entrada, cuando me arrodillé para hacer pipí en sus flores, se divierte Betty-Sue.

Si bien mi madrastra y mi abuela casi siempre logran ser cordiales, nunca

han sido las mejores amigas del mundo. Y entre más desagradable se muestra la primera, más exagera la segunda su actitud hippie. ¡Pero ahora se están dando con todo! Afortunadamente, Sienna parece estar esforzándose por no enojarse, ni siquiera busca responder algo. Río silenciosamente mientras que las dos mujeres intercambian una sonrisa forzada. Y una mirada intensa que dice mucho acerca de su enemistad.

– ¡Ya son las 9:15, tenemos que pasar a la mesa! continúa Sienna aplaudiendo, como para darse ánimo.

Ella va a tomar los platos que preparó el banquetero de la cocina y los trae dos a dos al comedor, mientras grita sus instrucciones:

– ¡Harry querido, ve a lavarte las manos y deja ese maldito peluche donde está! Liv, ¿llamas a Tristan? ¡Me prometió que estaría aquí a las 7! ¡No se puede confiar en él! ¡Craig! grita a todo pulmón yendo hacia la escalera, ¡Todo el mundo te está esperando! ¡No deberías tardar tanto en hacer una maleta!

Betty-Sue y yo suspiramos al unísono, arrastrándonos hasta el comedor, mientras que Harrison obedece y mi padre por fin aparece en la planta baja.

– ¿Se puede saber por qué lloras? le pregunta a su mujer con un tono cansado.

– ¡Porque me encantaría no ser la única que se esfuerza para festejar Navidad en familia! ¡Tristan piensa que esto es un hotel! Liv no hizo nada para ayudarme. ¡Y tú estás tan obsesionado por tu fin de semana que no te ocupas de nada más! ¿Podríamos simplemente pasar un momento agradable todos juntos o es demasiado pedir?

– Si quieres caridad, deberías ir al hospital, murmura Craig con el rostro tenso.

– ¿Qué acabas de decir?

Sienna fulmina, con sus puños apretados que intentan colocarse sobre sus caderas, tan tensos que su piel se blanquea sobre sus falanges. Betty-Sue evita reírse, deslizado su bufanda multicolor sobre su boca apretada. Harrison mira a su madre y a su padrastro, pareciendo asustado. Y me levanto para ir a distraerlo cuando percibo que su labio inferior comienza a temblar. Éste es el momento que elige Tristan para llegar, con su andar indolente, lanzándole una seña con la mano a mi abuela y una mueca a su hermano menor.

Luego su mirada azul se dirige finalmente a mí, a la vez penetrante, tierna y juguetona, como si sonriera con los ojos. Y con un no sé qué que me parece brillar más fuerte que antes. Las patas excitadas de las hormigas vuelven a danzar un ballet frenético en todo mi cuerpo. Pero mi abuela se aclara la garganta exageradamente, para romper ese silencio tan largo que se vuelve incómodo. Me peino el cabello en una cola de caballo nerviosa y entonces Tristan percibe la tensión general. Y se vuelve glacial:

– Si nadie quiere estar aquí, no estamos obligados a ser la familia modelo, propone con una voz grave, alzando los hombros.

– ¡Te informo que tienes quince minutos de retraso! lo interrumpe Sienna, fuera de sí. ¡Y tal vez no te importe, como todo lo demás, pero para Harrison es importante que celebremos Navidad!

– ¿Sabes que él está en la misma habitación que nosotros? ¡Es pequeño, pero no sordo ni idiota! suspira su hermano mayor.

– Tristan tiene razón... interviene por primera vez mi padre. No veo de qué sirve fingir si Navidad va a ser así. Voy a fumar un cigarrillo.

– Craig, ¡te quedas aquí! ¿Qué quiere decir eso? grita mi madrastra de pronto.

– Si así es como le hablas a tu marido, no te sorprendas cuando huya, suelta fríamente Betty-Sue.

– ¿Y a ti quién te pidió tu opinión? ¡Liv, no dejes la mesa! grita Sienna cuando voy a abrazar a Harry para llevarlo a otro lugar.

– Calma... intenta poner orden mi padre, quien odia los conflictos. Nunca le vuelvas a hablar así a mi madre, ni a mi hija, agrega en voz baja, mirando a su mujer directamente a los ojos.

Los seis nunca hemos sido una familia modelo, ni siquiera una familia en sí. Los gritos y los conflictos forman parte de nuestra vida diaria, pero el ambiente nunca había sido tan eléctrico como ahora. Siento como si los rencores de varios años hubieran decidido explotar esta noche. Y siento llegar el momento en que el tornado italiano toque tierra en el comedor, donde el aire ya es irrespirable. Tristan carga a Harry, me murmura un « ¿Estás bien? » y se aleja con su hermano. Betty-Sue eleva su copa vacía y dice con ironía:

– ¡Salud, felicidad y alegría en todos los corazones! Gracias por la invitación, pero me iré. Hay perros, puercos y pelícanos esperándome en la casa. Y ellos tienen un mejor sentido de la hospitalidad.

– Te llevo, resopla mi padre tomando a su madre de los hombros, primero para que se calle y no empeore las cosas, pero sobre todo para encontrar una salida.

Me encuentro a solas con Sienna en el comedor, con seis sillas vacías y una decena de platos todavía llenos sobre la mesa. Mi madrastra casi hasta me daría pena, petrificada por este terrible fracaso y todo este silencio, ella que tanto ama el ruido de los grandes eventos. Sin duda, también en shock de que mi padre la haya enfrentado por primera vez, y que este enfrentamiento estuviera tan cargado de sentido. Y tal vez decepcionada de sí misma, por no haber sabido contenerse para mantener las apariencias que tanto le gustan. Pero no parece comprender que fue su propia gota la que derramó el vaso. El vaso frágil e inestable que tanto procuró llenar con sus gritos, con todos sus reproches, su egoísmo y su hipocresía. Y me

mata que sea incapaz de cuestionarse a sí misma, aunque sea por una vez. Siento que en lugar de eso, ella está pensando en el futuro, calculando todo lo que podría perder. Y quisiera poder decirle que todo estará bien, pero me conformo con dirigirle una mirada de lástima y dejo la habitación sin decir nada. Yo también, perdida en la infinitud de posibles escenarios.

Y en todo lo que yo podría ganar, egoístamente...

Llego con Tristan a la sala: él está tocándole la guitarra al pequeño y los cuentos de Navidad se transforman en baladas melancólicas con acento folk. Me hago bola en el sillón, cerca de ellos. Tristan llega a poner su hombro contra el mío, discretamente, sin quitar los ojos de sus acordes. Y me dejo arrollar por la música, tranquilizar por su calor, mientras escribo en silencio una lista para Santa Claus.

« Quisiera ver a mi padre sonreír de nuevo, siendo bromista y bailando tango.

Quisiera que Harrison encuentre los padres que merece, amorosos, tiernos y normales.

Quisiera que Craig y Sienna se divorcieran sin destrozarse, que regresáramos a vivir a nuestra casa de antes, sólo nosotros tres, con Betty-Sue y papá.

Quisiera que Tristan Quinn me cantara baladas a mí, que me atravesara con sus ojos azules, me abrazara, ahora mismo. Quisiera que todo fuera posible, que las prohibiciones no existieran. Quisiera simplemente poder amarlo sin preguntarme si tengo derecho a hacerlo. »

La mañana siguiente, todo parece haber regresado al orden, de no ser por algunos detalles. En la cocina, Sienna hace como si no pasara nada, besa a Tristan llenándolo de consejos inútiles, nos da a cada uno una pequeña tarjeta de Navidad de la cual se escapan dos billetes verdes - el único regalo que es capaz de hacernos. Luego le explica por décima vez a Harry que lo llevará a ver a sus abuelos, tías, tíos y primos en Virginia. Como para tranquilizar a todo el mundo - a ella misma en primer lugar - sobre el motivo de su partida, que no tiene nada que ver con la disputa de la noche anterior. Después de las despedidas que se eternizan, ella termina por llevar a su pequeña y su enorme maleta hacia la banqueta frente a la casa, soportando el viento decembrino mientras espera el taxi que pidió. Normalmente es mi padre quien los lleva al aeropuerto. No sé cómo terminó la noche para ellos dos, pero hay una cobija y una almohada que parecen haber sido utilizadas sobre el sillón de la sala. Y mi padre - lo conozco bien - se esconde en el jardín de la parte trasera de la villa, fuma un cigarro tras otro, lanzando pestes contra el aire violento que le impide encenderlos. Luego se pone a limpiar la piscina con la ayuda de una enorme red para mantenerse ocupado, recogiendo cada hoja que vuela y se hunde en el agua turquesa. No aparece en la cocina sino

hasta que el camino está despejado.

– ¡Hace mucho aire allá afuera! dice con una pequeña sonrisa incómoda.

– ¡No necesitas hablarnos del clima, Craig, puedes ir con tus amigos sin que pensemos que nos estás abandonando! dice Tristan, ligeramente impertinente.

– No estaba esperando tu permiso, pero gracias de todas formas. Cuídense, hay una tormenta anunciada para el fin de semana.

– Creo que estamos acostumbrados a las tempestades.

Su insolencia, cómo alza los hombros con indolencia y su cara me habían hecho mucha falta... Y sin embargo, ya me están exasperando.

¿Hasta cuándo podremos encontrarnos finalmente solos los dos, sin tener que estar actuando?

– Estaremos bien papá, ni te canses en contestarle.

– Lo que hagas o dejes de hacer con mi madre sólo te concierne a ti, Craig, continúa Tristan provocándolo, con una sonrisa burlona en los labios.

– ¡Cállate, Quinn! digo golpeando su rostro con mi mano para hacerlo callar.

Lo que tengo que hacer sólo para poder tocarlo...

– Oliva verde, ¿estás segura de querer quedarte sola con este energúmeno?

– Creo que sobreviviré.

– Sabes que siempre puedes ir a quedarte con Betty-Sue si ya no lo soportas.

– Créeme, no dudaré en hacerlo.

– En cuanto a ti, pequeño insolente, lo que hagas o dejes de hacer con mi hija, a mí si me concierne.

Mi padre murmuró estas palabras con un tono falsamente amenazador, con su índice apuntado cerca del rostro de Tristan. Contengo la respiración y siento como si todo el mundo pudiera escuchar mi corazón golpeando en mi pecho.

– Si le haces la vida imposible, la haces llorar o que se arranque el cabello por tu culpa, te las verás conmigo. Debes cuidarla y protegerla. ¿Comprendes?

Luego mi padre sonrío ampliamente, le da un golpecillo afectuoso a Tristan en el hombro y a mí un beso en la frente, antes de tomar su maleta de la entrada y salir de la casa gritando: « ¡Diviértanse mucho! »

– ¡Respira, Sawyer! Sólo dijo eso para ponerme en mi lugar. No es que sepa algo.

– ¡No sabes nada!

– Relájate, no bromearía si supiera...

– ¡Vete al diablo, Quinn! ¿Por qué siempre tienes que buscar problemas y jugar con fuego?

Él se conforma con alzar los hombros, como si eso no tuviera importancia o yo estuviera haciendo un alboroto de algo pequeño. No comprendo su comportamiento indiferente, despreocupado, mientras que deberíamos estar saltando uno encima del otro. Siento como si fuera la única que siente esta

urgencia. Y eso sólo logra enojarme más.

– Prometiste ser prudente, ¿por qué corres riesgos provocándolo? ¡Parece como si quisieras arruinar todo!

– ¿De qué estás hablando?

– ¡De nosotros! Todo era perfecto cuando me encontraba a ocho mil kilómetros de ti. ¡Y eres incapaz de simplemente actuar normal cuando estoy aquí!

– Te recuerdo que fuiste tú quien me pidió que fuéramos discretos en público. Lo único que hago es respetar tu decisión, no me reproches nada.

– ¡Discretos pero no distantes!

– No sabes lo que quieres, Liv...

– ¡Sí, a ti! Desde que puse un pie en Francia, es en lo único que pienso. ¡En ti! ¡En nosotros dos solos!

– ¿Y sabes lo insoportable que eso es para mí? ¿Saber que ya regresaste y ni siquiera poder tocarte? ¿Tener que verte en unas malditas fotos de teléfono? ¿Y ni siquiera poder ver tu mirada en la vida real, por miedo a delatarme? ¿Escribirte todo lo que quiero hacerte... y no poder hacer nada? ¡Eres tú quien nos impone este maldito secreto! ¡Si de mí dependiera, todo esto ni siquiera existiría!

Su rabia, mi decepción, sus frustraciones, mis angustias, todo lo que nos hemos perdido, todo eso me impide permanecer en el mismo lugar que él. Corro a encerrarme en mi habitación azotando la puerta violentamente. Durante dos horas, revivo los últimos días y los últimos minutos en mi mente. La conversación con mi padre me dio escalofríos. Y la actitud indiferente de Tristan me mata. Me había hecho muchas ilusiones ante la idea de encontrarme sola con él, por fin. Me había imaginado que él también esperaba con ansias nuestro encuentro, después de los días que pasamos alejados. Y no dormí en toda la noche pensando en nuestros padres que podrían separarse, en toda la libertad que podríamos disfrutar... Pero al parecer, me emocioné demasiado. Lo único que obtuve esta mañana fue a Tristan en su papel de hermanastro odioso, de provocador incorregible, de rebelde incapaz de ser simple. Estoy decepcionada de él, de mis esperanzas y de mi ingenuidad.

Esas dos horas, las paso dándole vueltas a lo mismo, preguntándome en qué me equivoqué. Pero también escuchando el silencio de la casa. Escuchando que Tristan no regresa para hablarme. Sus pasos que no vienen a buscarme. Una sirena ruidosa interrumpe de repente el flujo de preguntas en mi mente. No sé si ésta viene de la casa o de la calle, pero me taladra los tímpanos. No creo haberla escuchado antes. Comienzo a estresarme. Tengo sudor frío. Mi pulso se acelera. Hasta que su voz me llega.

– Liv, ¡muévete, hay que bajar! escucho al otro lado de la pared.

– ¿Qué? ¿A dónde?

– Es una alerta de ciclón, grita Tristan abriendo la puerta de mi habitación.

– ¿Estás bromeando?

– Me gustaría que así fuera, pero no. ¡Aquí no bromeamos con eso! ¡Ven!
– ¡No iré a ninguna parte contigo!
– ¡Sawyer, ahora no es el momento para eso! Sígueme y no discutas. ¡Por favor!

– ¿Para ir a dónde?
– A la *safe room*, abajo.
– ¡Esa habitación ni siquiera existe!
– ¡Mierda, Liv! ¡Los ciclones tropicales son muy frecuentes en las Keys! Casi todo el mundo tiene un lugar para protegerse en caso de peligro. ¡Y esa sirena es una alerta para la población! Eso quiere decir que el peligro es inminente.

Estoy petrificada por esa avalancha de información. Esta situación nunca se había presentado en los seis años llevo viviendo en Florida. De pronto pienso en mi padre, en Harry, en Betty-Sue. En Fergus y Bonnie. Y hasta en Sienna. Miro a Tristan, quien se frota el cabello buscando más argumentos para convencerme. Pienso en mí también, vestida todavía con los shorts y la playera que me pongo en la noche. Nada tiene sentido. Nada es como debería ser. Pero mi cerebro vuelve a ponerse en marcha cuando percibo los árboles doblados a través de la ventana de mi habitación.

– ¡Tengo miedo! farfallo, presa del pánico.
– ¡Ven! ¡Si te mueres, tu padre me va a matar!
– ¡Tú también estarás muerto, idiota!

Tristan me ignora y me toma por la nuca, deslizando sus dedos bajo mi cabello suelto, con su eterna seguridad y hasta un poco de posesividad. Luego me hace bajar corriendo las escaleras frente a él, entra en la biblioteca de la planta baja y abre una pesada puerta al fondo de la cual ignoraba la existencia. Se mete después de mí y cierra la puerta blindada detrás de nosotros. Entonces descubro una habitación blanca del piso al techo, del tamaño de una recámara pero sin ventanas. Algunas repisas de fierro recorren la pared del fondo, con latas, paquetes de cereales, pastelillos y paquetes perfectamente alineados. Los únicos muebles son dos taburetes que forman una L en una esquina. Tristan se recuesta en uno de ellos y yo me siento en el otro, por reflejo, abrazo mis piernas desnudas, intentando contener el nudo de angustia que se forma en mi estómago.

La alarma ensordecedora termina por callarse y se ve remplazada por una voz que explica en las bocinas las medidas de seguridad. Encerrarse en el refugio más cercano. No salir de ahí hasta nuevo aviso. No quedarse en su auto. No saturar las líneas telefónicas y dejarlas libres para los servicios de emergencia. No intentar comunicarse con sus cercanos.

– Estoy segura de que Betty-Sue no tiene refugio.
– Creo que sí. Si no, se habrá refugiado con algún vecino. Tú eres mitad francesa, Liv. Pero los habitantes de las Keys están acostumbrados a este tipo de

emergencias, no cometen errores. Tu abuela está loca, pero no es suicida.

– ¿Y mi padre? ¿Y tu hermano, tu madre?

– Los aviones no despegan en caso de alerta de ciclón. Deben estar en el aeropuerto. Y ahí están seguros.

– ¿Entonces van a regresar?

– No hasta dentro de varias horas.

– ¿Tienes tu celular aquí?

– No.

– Mierda. Yo tampoco.

– Imagino que entonces sólo estaremos tú y yo...

Tristan dijo eso con un tono indolente, casi cansado, con su estúpida sonrisa retorcida. Como no reacciono, él se acuesta por completo en el taburete, cruza las manos detrás de la cabeza y lanza un largo suspiro.

– ¿Cuáles son las cinco cosas que quisieras hacer por último si fueras a morir hoy? me pregunta de repente con su voz grave.

– ¿Qué tipo de pregunta es ésta?

– ¡Responde!

– Hmm... Quisiera sentarme en la playa y mirar el océano. Comer palomitas hasta cansarme. Bailar un tango tonto con mi padre. Rodar por la hierba con Betty-Sue, como cuando era niña, con todos sus perros corriendo alrededor de nosotras. Y...

Enumeraré las primeras cuatro cosas espontáneamente, contando con los dedos. Lo último se queda en suspenso mientras que varias ideas locas pasan por mi cabeza.

– ¿Y...?

– Y estoy dudando.

– ¿Entre qué y qué?

– Abofetearte. Morderte. Estrangularte. O lanzarte algo puntiagudo al rostro.

– Y como no tienes una playa ni palomitas a tu disposición, ni a tu padre o a Betty-Sue, sólo te quedo yo para cumplir con tu última voluntad...

– No me tientes.

– Te estoy esperando.

Le sonrío al techo y su hoyuelo me hace derretir y me desespera al mismo tiempo. Le lanzo mi almohada a la cabeza. Sonríe más, pero no se mueve.

– ¿Para ti cuáles serían esas cinco cosas?

– Dar un último concierto. Abrazar fuerte a Harry. Provocar a tu padre. Y hacer el amor contigo.

– Sólo son cuatro, murmuro sorprendida.

– La quinta sería volver a hacerte el amor.

Esta vez, voltea sus ojos azules y brillantes hacia mí. La belleza y la tentación encarnadas. Me levanto, como si una quemadura me impidiera estar quieta. Y me abalanzo sobre él, incapaz de resistir un segundo más.

Mi boca choca contra la suya y la devora. Beso a Tristan como si efectivamente fuera la última vez. O la primera vez desde hace muchísimo tiempo. Lo beso con rabia, para vengarme de todas las emociones contrarias que me hace sufrir. Y lo beso con una pasión salvaje, que ni siquiera conocía en mí. Luego él me aprisiona con un solo movimiento contra el taburete y bloquea mis brazos encima de mi cabeza.

– ¿Por qué estás tan enojada conmigo, Liv Sawyer?

– No tengo ganas de hablar, digo luchando para llegar nuevamente hasta su boca.

– Te besaré hasta que tus respuestas me convengan. Dime qué me reprochas.

– Pensé que estarías aquí cuando regresara de Francia, confieso en voz baja. Sus labios me rozan, con una dulzura inaudita que me hace cerrar los ojos.

– ¿Qué más? murmura.

– Pensé que me dejarías una nota para decirme que no estabas aquí. O que me enviarías un mensaje. O que...

– No soy ese tipo de chico.

Él me besa de nuevo, en el cuello, mientras acaricia mi pecho por encima de mi playera. Y una carne de gallina febril nace sobre mi piel.

– ¿Qué « tipo de chico » es un novio tan perfecto cuando está lejos de mí, y tan inexistente cuando está aquí?

– Si quieres un novio de verdad, de tiempo completo y sin tener que esconderlo, no tienes más que pedírmelo, Liv...

Tristan desliza su lengua entre mis labios y me besa de nuevo, de la manera más sensual posible.

– Sólo creí que después de ponerme sorpresas y notas de amor en la maleta, no estarías tan distante...

– ¿En verdad te parezco... distante? me pregunto su voz suave y hechizante.

Luego su cuerpo musculoso se presiona con un poco más de fuerza contra el mío. Y nuevamente su lengua en mi boca, suave, provocativa.

– Continúa, me ordena deteniendo su beso.

– Pensé que el regaño de Craig y Sienna te haría pensar en el futuro tanto como a mí...

– No tienes ni idea de todo lo que pensé en decirte, en hacerte, desde que se están peleando.

Mientras dice esto, sube su rodilla entre mis piernas. Luego sus manos dejan de apretar mis muñecas para venir aplacarse sobre mis senos. Tristan se hunde en

mi boca y este nuevo beso apasionado me llena de calor en la parte baja.

– ¿Algún otro reproche? pregunta su voz jovial.

Dudo en bajar las armas, para pasar a cosas serias - yeso es justamente lo que mi cuerpo me reclama. Pero a mi mente en ebullición le gusta demasiado este juego. Y la sonrisa provocadora de Tristan me incita a prolongar esta sesión de preguntas y respuestas diabólicas, ese tono insolente en cada una de sus palabras, esa respiración cada vez más entrecortada entre sus labios húmedos, ese crescendo en sus caricias. Todo lo que me vuelve loca en él.

– Pensé que con los resultados de nuestras pruebas, morirías por encontrarte a solas conmigo, susurro agregando un dejo de desafío en mi voz. Que evitarías jugar a « ¿Quién es el más fuerte? » con mi padre, sólo antes de que se fuera. Que no me dejarías descansar en mi habitación, obligándome a odiarte... De hecho, creí tontamente que me saltarías encima en cuanto todo el mundo dejara la villa.

– ¡Escúchame bien, Sawyer!

Su voz se ha vuelto más profunda. Una sombra de orgullo pasa por el azul de sus ojos. Y sus mandíbulas se contraen, como si su ego de macho alfa hubiera sido herido.

– En primer lugar, soy el más fuerte.

Y su mano entra bajo mi playera.

– En segundo, te encanta odiarme.

Y sus dedos pellizcan mi seno hasta hacerme lanzar un pequeño grito.

– Y en tercera, llevo siete días esperándote, solo como idiota, con imágenes de ti en toda la casa. Podías esperar dos horas más.

Bastardo...

Su sonrisa burlona apesta a venganza. Su boca orgullosa de sí misma viene a provocarme, muy de cerca, pero rodea mi boca para irse a mi pecho. Luego desciende más. No lo detengo. Esta vez, ya no tengo ganas de escucharlo provocándome. Prefiero mirarlo haciéndolo. Besando mi vientre. Lentamente. Deteniéndose en mi ombligo. Mordiendo el elástico de mis shorts para deslizarlo hacia abajo. La bola de fuego crece en mi vientre. Mi deseo fulgurante me vuelve audaz.

Me enderezo sobre el taburete, casi sentada. Me quito sola la playera, sin dejar de verlo. Tristan ya no sonrío. Me devora con la mirada, con los labios entreabiertos. Su mirada se detiene sobre mis senos desnudos, como si éstos lo hipnotizaran. Y deslizo mis pulgares por el algodón para desvestirme, primero una pierna y luego la otra, demasiado ansiosa como para recordar mi timidez.

Tristan parece dejar de respirar, sólo por un segundo. Luego pasa saliva y veo su manzana de Adán subir y bajar en su garganta. Nunca me cansaré de ese símbolo de virilidad. Él se frota vigorosamente el cabello. Y creo que ya nunca

podré prescindir de ese adorable tic de nervios.

Pero retoma rápidamente el control y se arrodilla en el suelo, guiando mis nalgas hacia la orilla del taburete. En este cuarto de seguridad cuyo nombre nunca había sido tan bien merecido. Todo parece haber desaparecido, la amenaza del ciclón, la preocupación por las personas que amamos y, más que nada, las prohibiciones que nos asfixian, la angustia permanente de que uno de nuestros gestos nos traicione. Aquí todo está permitido.

Y la *safe room* se transforma en *sex room*.

Tristan acaricia lentamente mis piernas y luego besa la fina piel al interior de mis muslos, haciendo mi piel estremecer. Sube un poco más y siento su aliento cálido acercándose a mi intimidad. Un impulso irresistible me empuja a arrancarle la camisa, para que el espectáculo sea todavía más perfecto: su cabello despeinado, su torso desnudo, sus músculos tensos. Y su mirada brillante de deseo por mí.

– Te voy a mostrar cómo es esto, que realmente me lance sobre ti.

Su voz grave e insolente me hace estremecer. Luego una flecha me atraviesa al mismo tiempo que su lengua me alcanza. Este simple contacto me desubica y debo aferrarme a sus hombros para no irme hacia atrás. Él continúa devorándome, sin ninguna moderación, hundiendo su rostro entre mis muslos, succionando mi clítoris, marcando círculos y espirales divinas que me causan vértigo. Para terminar de volverme loca, sus manos acarician mis senos tensos por el deseo. Todo mi cuerpo tiembla, pero no puedo evitar pedirle más. Me arqueo, clavo mis dedos en su cabello sedoso, aumento la presión de su boca sobre mi sexo, y mi grito de placer vuela. Estoy en los aires. Me siento increíblemente ligera. Las pequeñas pata de las hormigas se han convertido en miles de burbujas de placer que explotan en todo mi cuerpo. Y una sonrisa plena se eterniza sobre mi rostro mientras que retomo el aliento.

– OK... La próxima vez recuérdame herir tu orgullo enseguida.

Río de mi propia insolencia y atrapo la playera verde oscuro de Tristan para esconder mi desnudez.

– ¿Cuál próxima vez?

Se sienta en el piso, frente a mí, con el torso todavía desnudo y tan bello como siempre. Dobla sus piernas, pone los codos sobre las rodillas y deja caer sus manos que me parecen tan gráciles, tan indolentes, tan masculinas. Y frunce el ceño, pareciendo preocupado, como si estuviera enojado.

– ¿Así que estás en huelga?

– No, sólo estoy esperando a que te repongas de tus emociones, declara con orgullo.

– Qué simpá...

Tristan me observa, detalladamente, e imagino mi cabello todo despeinado, mis mejillas rojas por el orgasmo, mi piel tan clara y mis piernas que le parecen

interminables. Me veo aún más bella de lo que soy, en sus ojos azules, brillantes y benévolo. No sé cuánto tiempo pasamos observándonos, en silencio, en esta habitación confinada. Como si recuperáramos todo el tiempo que pasamos separados. Y como si nos diera placer retrasando el momento de reencontrarnos, de verdad.

– ¿Por qué te escondes? murmura por fin, entrecerrando los ojos.

– ¿Me qué...?

Extiende lentamente una mano, atrapa entre su índice y su dedo medio un pedazo de playera que me cubre, luego jala la tela suavemente. Pero lo detengo sonriendo.

– Tendrás que conformarte con lo que ves...

– Sawyer, dice seriamente, sabes bien que jamás me conformo con lo que me dan.

– Quinn, digo imitándolo, sabes que entre más insistes, más me resisto.

Mi sonrisa lo divierte, su hoyuelo se marca más. Y el combate sensual que se anuncia hace brillar sus ojos.

– Qué bueno que tus muslos son menos salvajes que tú.

Su voz grave me envía esta provocación mientras que su mirada azul de pasea en el límite entre mi desnudez y el algodón verde oscuro.

– ¿Qué tienen mis muslos?

– Me vuelven loco, eso es lo que tienen...

Esta vez, la profundidad y la seriedad de su voz me dan escalofríos. No soy del tipo de chica a la que le gustan los cumplidos. O me parecen falsos o exagerados, o simplemente me incomodan. Pero cuando salen su boca, el efecto es otro...

Me volteo hacia un lado, mantengo la playera pegada contra mi busto, luego aprieto las piernas y meto las manos entre mis muslos. Como diciendo « la tienda está cerrada ».

– Tus caderas, resopla. Con tus shorts de niña, jamás hubiera imaginado que tuvieras curvas tan... femeninas.

– Basta.

– Pero sí vi tus pequeñas nalgas abombadas.

– Tristan...

– Tu arco. Me encanta que te dobles tanto.

– Así no es como vas a...

– Y tus senos.

– Cállate...

– Tus senos pequeños que caben perfectamente en mis manos.

– ¡Ya no digas nada!

– Tus pezones que me provocan cuando te pones blusas ceñidas, sin sostén.

– ...

– Tu cintura tan fina.

– ...

– Tu ombligo que me lanza un guiño.

– ...

– Tu piel que se vuelve tan suave, sobre tu vientre, cuando descendo.

– ...

– Y tus labios. Rosas. Sedosos. Dulces.

– ¡Basta!, digo sintiendo cómo me sonrojo.

– No necesito verte, Liv. Conozco tu cuerpo. Sólo tengo que cerrar los ojos para desvestirte. Lo hice casi todas las noches, cuando estaba solo en mi cama, después de desearte durante todo el día. Puedes esconderte bajo mi playera, puedes cerrar las piernas... Pero no puedes evitar que te vea desnuda.

Él sonríe, con los párpados cerrados y el rostro hacia mí. Sus manos dibujan mis líneas imaginarias en el aire.

– Veo todo ahí abajo... Casi puedo tocarlo... Tus muslos, tus caderas, tu forma de arquearte...

Su voz ronca me calienta, como una caricia sobre mi piel desnuda. Su seguridad, al límite de la arrogancia, me intimida. Pero su forma de describirme, sus cumplidos me dan ganas de abalanzarme sobre él.

– Tus nalgas, tu cintura, tus senos... No sabes cuánto me excitan. Aun cuando no estén aquí, frente a mí. Cuando no puedes tener lo que deseas, te conformas con los recuerdos. Y tú...

– ¿Y cuando están aquí, frente a ti?

Lo interrumpí, casi con pesar. Mi murmullo sin aliento le hace reabrir los ojos. Los clava en los míos, descubre mi perturbación y su maldita sonrisa retorcida regresa.

– Me excitas, Liv Sawyer.

¡Y si tú supieras en qué estado me pones!

Una alarma resuena de nuevo y hace estallar nuestra burbuja de sensualidad. Contengo la respiración, ruego por que esto no sea el final ya. Pero la voz autoritaria explica que la alerta del ciclón se ha prolongado y que el confinamiento debe durar más. Tristan sonríe ante este anuncio, como si el dios de los vientos fuera su mejor cómplice. Luego me acompaña sobre el taburete, se recuesta al lado de mí, desliza su bíceps bajo mi cabeza y me murmura al oído:

– Admítelo, tuviste miedo de que todo se detuviera...

– ¡Para nada! miento bajando el cierre de sus shorts.

– Confiesa que ahora te encanta toda esta historia del ciclón...

– Puede ser..., cedo deslizando mi mano sobre sus bóxers.

– Confiesa que tú también tienes ganas de saber cómo se siente hacerlo si

condón...

Un escalofrío me recorre, a lo largo de la columna vertebral, desde la cadera hasta la nuca. Sus palabras me sorprenden. Pero su propuesta me gusta. Su sexo ya está duro, bajo mi palma, y atravieso la barrera de la lycra para llegar a decirle que sí, a mi manera. Decirle que esta lucha verbal ya duró lo suficiente. Que no quiero nada más que su desnudez y la mía. Que tengo ganas de sentirlo. En mí. Sin que nada nos separe, por primera vez.

– Quítatelo todo, susurro.

Tristan levanta sólo un poco las nalgas para deshacerse de sus bóxers de un solo golpe. Se encuentra desnudo, recostado boca arriba, tan cerca de mí que puedo ver y tocar todo. Y no me abstengo. Me toca a mí devorarlo con la mirada. Admirar todo lo que me excita de él. Y no solamente acordarme de ello...

Mis ojos siguen la línea oscura que se estira sobre su vientre bajo. Mis dedos rozan su sexo tenso, que apunta hacia su ombligo. Me parece gigantesco. A pesar de la torpeza de mis caricias, Tristan suspira cada vez más fuerte. Y un suave calor se expande de nuevo entre mis muslos.

– Ven a mí...

Su voz no es autoritaria. Más bien es cálida, profunda, llena de promesas. Finalmente jala su playera que me sigue cubriendo, lo lanza al piso y sonrío al volver a descubrir mi cuerpo desnudo. Su mirada es febril, golosa, victoriosa, conquistadora.

– Por más que te conozca... y te desvista en mi mente... es cierto que te prefiero en la vida real, Liv Sawyer. Desnuda. Completamente desnuda. Y sobre mí.

Su murmullo ronco y sexy me da alas. Lentamente, me enderezo para sentarme a horcajadas sobre él. En verdad no tengo aprehensiones, pero no sé qué hacer con todo ese poder que me otorga. Lo deseo, pero ignoro cómo. Entonces me inclino para besarlo, para verter en este beso un poco de su seguridad, un poco de su sensualidad. Él acaricia mis muslos, mis nalgas, juega con su lengua sobre mis labios, y olvido de nuevo el pudor, la inexperiencia, el ciclón afuera. Presiono mis senos sobre su torso. Ardiente. Siento su sexo rozando mi intimidad. Provocador. Y mi pelvis ondula, por sí solo, para disfrutar de estos deliciosos roces.

– ¿Estás lista?

Asiento, con la boca entreabierta pero incapaz de pronunciar una sola palabra. Mi amante, paciente, guía con una mano su sexo hacia el mío. En mi grieta, impaciente, él se desliza suavemente ofreciéndome sensaciones inéditas e inauditas. Esta penetración me corta el aliento. Y así continúa, un poco más adentro. Puedo sentir toda su fuerza, su piel tan suave, su deseo tan intenso. Me arqueo para recibirlo mejor. Lo escucho gruñir mientras yo gimo. Nuestros cuerpos encuentran el ritmo, la alquimia, ese ángulo perfecto en el que cada uno de

nuestros movimientos me llena de un placer intenso, de una deliciosa quemadura. Tristan se apodera de mi cabellera, lo beso de nuevo, apasionadamente. Su pelvis se mueve bajo la mía. Él me susurra al oído lo mucho que le gusta. Y sus dientes mordisquean mi lóbulo, hasta lastimarme. Lo empujo con una mano sobre su torso. Me sonrío insolentemente. Todo en él me encanta, que esté dentro de mí, que me toque por todas partes. Todo me parece irreal. Como un torbellino de sensaciones, violentas, embriagantes, impresionantes.

El ciclón no está allá afuera. Está dentro de nosotros...

Luego los dedos de Tristan vienen a acariciar mi clítoris, como si no hubiera tenido suficiente. Espera que mi placer aumente, que pierda la cabeza. Mientras me posee, otra vez, un poco más rápido, un poco más fuerte. Lo siento ceder, soltar las riendas. Sus gruñidos se transforman en un rugido y multiplican mi placer. Él entierra su mano en la carne de mi muslo. Y adoro verlo aferrarse así a mí. Creo que se va a venir. Pero yo soy la primera en despegar, sin quererlo, atrapada por sus caricias insensatas. Mi intimidad ardiente lo recibe por última vez. Y su placer explota, en mis entrañas.

No estoy ni cerca de olvidar este recuerdo.

5. A plena luz

Todo sucedió en pocos minutos. Tristan y yo terminamos por dormirnos en nuestro escondite, mucho tiempo después de que la voz robótica levantara la alerta de ciclón. No sé ni cuánto tiempo nos quedamos allí, abrazados, a pesar de que ya nada nos obligaba a hacerlo. Pero mi padre terminó por llegar a la casa, abriendo la puerta estrepitosamente. Sólo ese ruido y sus gritos llamándonos lograron despertarnos. Nos volvimos a vestir a toda velocidad, y mientras mi padre nos buscaba en el primer piso gritando, arreglamos nuestro cabello que estaba despeinado y nos dimos un último beso. Justo antes de salir de la famosa habitación de seguridad, con las mejillas todavía rojas del placer y las prohibiciones. Si Craig hubiera entrado en silencio, si no nos hubiera despertado, nos habría descubierto.

En ambos sentidos de la palabra...

Mi padre regresó en cuanto pudo, preocupado por mí, por nosotros. Fue uno de los primeros en escaparse del aeropuerto en cuanto las autoridades decretaron que el ciclón ya no era una amenaza para las Keys. Habló con Betty-Sue por teléfono, quien está perfectamente bien. Sus gatos, perros y cochino la acompañaron en su refugio improvisado. Harry y Sienna, por su parte, intentaron tomar su avión - a pesar del medio día de retraso - pero finalmente desistieron. Creo que la castaña ya no podía seguir tranquilizando a su hijo, completamente traumatizado, que lloraba abrazando a Alfred cuando regresaron a la casa. Sólo Tristan pudo regresarle la sonrisa al pequeño tan sensible.

Finalmente no tuve mi semana de libertad que tanto esperaba pero, frente al espejo de mi habitación, distingo una pequeña marca roja en mi oreja derecha - ahí donde Tristan me mordió hace algunas horas - y mi decepción desaparece. Me consuelo a mi manera, volviendo a pensar en esas horas de abandono puro. Tristan y yo, solos en el mundo en la *safe room*, en medio de la tempestad. Una tempestad de cuerpos desenfrenados, de sensaciones nuevas, de gruñidos y de suspiros.

La intensidad de su mirada, la suavidad de sus manos, la fuerza de su deseo...

Bonnie y su coche destartalado vienen a buscarme cerca de las 8 de la noche. Me amarro rápidamente el cabello, me pongo la chaqueta encima de mi playera de *Jaws* y bajo las escaleras sin encontrarme con nadie - de no ser por mi padre que me hace una señal desde el patio donde está fumando a escondidas. Mientras me acomodo en el asiento delantero de cuero desgastado, jalo el cuello de mi chaqueta. El viento sigue soplando con intensidad, aun cuando el cielo ya está despejado.

– La naturaleza se ensaña porque sabe... me informa mi amiga haciendo rugir su motor.

– ¿Sabe qué?

– Que todos los hombres son una basura. ¡Y que esta Navidad apesta!

Drake... Todavía no lo ha superado.

– ¿Y? pregunto en voz baja, llena de compasión.

– ¡Y espero que se haya hecho encima pensando que un ciclón se lo iba a comer!

Cuando Bonnie está enojada, no intenta disimularlo. Su pobre auto es el que tiene que pagar las consecuencias cuando ella lo enciende y está por chocar contra una palmera.

– ¡Mierda, Ebony Robinson, me vas a matar! ¿No pasaremos a recoger a Fergus?

– No. La última vez que lo vi, tú estabas en París. O en Bretaña o no sé dónde. En fin, se suponía que él me subiría el ánimo y en lugar de eso, me hartó durante toda una hora hablándome de su fiesta arruinada y de que tu hermanastro es un bastardo.

– ¿En verdad dijo eso?

– ¿« Bastardo » ? repite ella.

– Sí.

– No.

– Ah...

– Dijo algo peor.

– Ok...

– ¿No quieres saber? Porque ciertamente, Tristan es un...

– No, está bien. No tengo ganas de hablar de él.

Hago como si lo odiara tanto como mis mejores amigos. Pero me cuesta trabajo escucharla insultarlo así. Que Fergus le tenga un poco de celos, está bien. Que siga odiándolo por lo de la fiesta, lo acepto. Pero que Bonnie se ensañe también... No sé si lo hace para darme gusto, porque cree que eso es lo que quiero escuchar. Pero de repente me siento terriblemente sola en este auto.

Suspiro, vuelvo a pensar en la escena en cuestión - Tristan defendiéndome frente a Kyle, rebasando « ligeramente » el límite - y me dejo conducir en silencio hasta Duval Street, convenciéndome de que mi secreto jamás debe salir a la luz. Extiendo la mano hacia un lugar grande que está vacío, Bonnie se detiene en seco bruscamente - recibiendo algunos claxonazos bien merecidos - y se estaciona después de varios intentos. Nada de dirección asistida. El viento sigue soplando, su afro se inclina hacia un lado, pero ni siquiera se toma la pena de verificar su estacionado.

– No tengo hambre... suspira una vez que el motor está apagado.

- El restaurante fue tu idea...
- Sí, ya sé, pero ya no tengo ganas de nada.
- Bonnie...
- Creo que algo se rompió, resopla. Dentro de mí, ¿ves?
- Lo olvidarás...
- ¿Cómo le haces?
- ¿Yo?
- Para que no te importe estar soltera. ¿Nunca te sientes sola? ¿Incompleta? ¿No te hace falta estar con alguien? Verte bien, vibrar, reír, emocionarte...
- No.

Me siento mortificada por sus preguntas. Y un poco más por mi respuesta. Le miento a mi mejor amiga con una tranquilidad, una facilidad que me incomodan. Me he acostumbrado a inventarme una vida. O más bien, a esconder una gran parte de la mía. Simplemente la más importante. La que me hace realmente vivir. El secreto ahora está anclado en mí, como si estuviera grabado bajo mi piel. Y temo que jamás pueda deshacerme de él.

- ¿Puedes decirme tu secreto? murmura en voz baja.

Tampoco...

31 de diciembre. 9 de la noche.

- Acuérdate, le recuerdo. Tenemos que pelearnos al menos una vez durante la fiesta.

Tristan no escucha ni una palabra que sale de mi boca. Con su mirada viva, observa mi top de satín lo suficientemente corto como para revelar una fina línea de piel sobre mi vientre. Esa intensidad... me enchina la piel. Como si intentara ver lo que se esconde debajo.

- ¡Quinn! me rebelo.

- ¿No tenías algo más corto? ¿Ni más ceñido?

Su voz estaba particularmente ronca, se aclara la garganta y luego me sonrío jalándose las mangas de la camisa. Negra, como sus pantalones y sus zapatos... Y hasta su corbata. El badboy se puso un traje. Se ve como para caerse muerto literalmente.

- ¿No tenías nada más convencional? respondo observando su atuendo.

- Era vestimenta formal obligatoria, ¿no?

- No creí que fueras tan dócil...

Arrogante como nunca, él echa la cabeza hacia atrás, jala lentamente su corbata y la enreda en su muñeca.

- Uno nunca sabe, nos podría ser útil. Después de la fiesta...

Su tono juguetón y su mirada que no deja lugar a dudas hacen que las hormigas regresen a la carga. Mis muslos lo reclaman. Salvajemente. Suelto un gemido ridículo al imaginarlo vendándome los ojos... o mejor aún: atándome.

Regresa a la Tierra, ninfómana.

– Bueno, nos vamos a pelear, ¿eh? Al menos frente a Bonnie y Fergus...

– No hay problema, Sawyer, sonrío cerrando la puerta de mi habitación detrás de sí. Para nadie es un secreto que no te soporto.

– Tristan, tu madre está por aquí... Y mi padre no debe estar muy lejos.

– Ya sé...

Sus ojos brillan con un resplandor peligroso... irresistible. Sus hombros amplios se aplacan contra la madera y se pasa la mano por la nuca mordiendo el labio.

– Tristan, sal de aquí.

– No quiero.

– Yo tampoco. Pero aun así sal.

– Ese maldito satín me vuelve loco. Tú me vuelves loco.

Me tambaleo, respiro con dificultad, mi pecho está comprimido bajo la tela satinada. Muero de ganas de ceder, de arrancar toda la ropa que nos aprisiona, la mía, la suya y de dejarlo hacerme todo lo que quiera, aquí, ahora, de inmediato. Pero la realidad nos asalta de nuevo cuando una voz gritando resuena:

– ¡Tristan! ¡Liv! ¡Sus amigos los esperan en el patio! ¡Y díganle al chofer de la limosina que más le vale que no arruine mis flores tropicales!

Un solo vistazo hacia Tristan me basta para constatar que el ambiente ha cambiado. De hecho, lo escucho gruñir mientras abre la puerta para salir:

– Sienna Lombardi: el método anticonceptivo más eficaz de todos...

La atmósfera que reina en la limosina es... particular. Bonnie no le habla a Drake, pero coquetea lo suficiente para que éste se interese en ella. Fergus no se digna en cruzar la mirada con Tristan, mucho menos la mano, pero se muestra normal conmigo. Lana me mira de manera extraña, como si hubiera adivinado algo - y comienzo a creer que las llamadas anónimas son obra suya. Elijah y Cory trajeron unas chicas tan parlanchinas como vulgares mientras que Jackson duerme con la boca abierta, ya ebrio.

Tristan se sentó justo frente a mí y lo veo, en cada bache, observando discretamente mi top que se levanta. Cuando nuestras miradas se cruzan, él me sonrío antes de voltearse.

– Drake, pórtate bien con Bonnie esta noche, lo escucho decirle a su mejor amigo.

Ignoro lo que el rubio le responde, pero me volteo hacia la interesada que está demasiado ocupada haciendo sobresalir su pronunciado escote.

– Bill y Bob saldrán a pasear esta noche...

– Quiero hacerlo babear, me sonrío con un aire de malicia. Y pienso irme con el primero que aparezca, sólo para demostrarle que no lo necesito. Mira qué ridículo se ve con su traje.

A ella le parece sexy a morir pero no importa, la apoyo. Sobre todo porque necesito una excusa para armar un escándalo...

– Sí, todos se ven así. Y se sienten como rock stars...

Hablé lo suficientemente fuerte para que todo el mundo me escuchara, particularmente Tristan. Y la obra de teatro puede comenzar. Muerde el anzuelo que le lancé:

– ¿Tienes algún problema, Sawyer? De ser así, puedes bajarte de esta limosina en cuanto quieras...

– Uuuuhhh... comentan sus amigos emocionados por la pelea que se anuncia.

– No me moveré de aquí. ¡Pero tú sí te puedes bajar! ¡Simon! ¡Por favor deténgase!

El chofer me escucha, desacelera el vehículo y se estaciona en el acotamiento.

– ¿Te crees muy astuta? pregunta Tristan observándome con los ojos llenos de falso desdén.

Más sexy no se puede...

– Bájate, si tanto te molesto, le sonrío.

– No me molestas. Me eres indiferente.

– Basta, que voy a llorar...

A nuestro alrededor, todos ríen jovialmente. Nuestro pequeño show continúa durante todo el trayecto - ya que Simon tuvo el sentido común para regresar al camino.

– ¡Fuiste tú quien me insultó, no al contrario! se burla Tristan diez minutos más tarde, bajando de la limosina.

– Sólo estaba diciendo la verdad, replico.

Drake y Bonnie se interponen entre nosotros.

– ¡Bueno, ya entendimos que se odian!

– Sí, así que si pudiéramos pasar a otra cosa y emborracharnos tranquilamente...

– ¡No podría haberlo dicho mejor!

– ¡Ten cuidado Bonnie, se te está saliendo un seno!

Jackson acaba de despertarse y apenas si puede mantenerse de pie. Drake lo aleja rápidamente de Bonnie, quien estaba a punto de darle una bofetada - después de verificar que su dignidad siguiera intacta.

Hmm... Eso es cuestionable.

No hay que decirlo, los hijos de ricos saben bien cómo organizar una

maldita fiesta de año nuevo.

Bebo una copa de champagne, luego dos, luego ya no las puedo contar. Mi mirada se cruza a veces con la de Tristan. Él me observa insistentemente, con ligereza y sonriendo. Bailo como una loca una canción de Nirvana, y luego una de Beyoncé. Bonnie y yo intentamos hacer una nueva coreografía y terminamos tiradas en el piso - Fergus ya no sabe ni dónde esconderse y jura que no nos conoce.

Las horas pasan sin que me dé cuenta. Ignoro amablemente a los chicos que se me acercan, voy a tomar aire, me encuentro a Tristan y me abstengo de saltarle al cuello. Decido seguir a los *Key Why* y refrescarme lanzándome a la piscina en ropa interior. No intento dar un espectáculo, simplemente divertirme. El alcohol se me sube un poco a la cabeza, floto deliciosamente sobre la superficie del agua, sin escuchar ya el ruido de la música electrónica.

Esta vez, sus ojos se entrecierran y no dejan de verme, como una sombra protectora y secreta.

Elena No-Sé-Qué, la chica que organiza esta fiesta en casa de su papá millonario, no está muy preocupada. Sus invitados están haciendo lo que quieren y a ella no le importa, mientras pueda seguir besando apasionadamente a su novio que es diez años más grande que ella. Sus amigas, al contrario, un grupo de diez chicas sobreexcitadas, le dan vueltas peligrosamente a Tristan. Desde el camastro donde estoy sentada, envuelta en una toalla, las observo.

A él. Lo observo a él.

Tristan intenta desanimarlas amablemente, les hace comprender que no está interesado, pero ellas regresan a la carga. Una le desabotona la camisa, otra le susurra cosas al oído. Entonces él pierde la sonrisa y saca su arma favorita: sus comentarios tan afilados como el sable de un samurái. En algunos minutos, el enjambre de abejas ha desaparecido. Ninguna de ellas tendrá la suerte de probar su miel esta noche.

Bzzzzz. ¡PAF!

Risa maquiavélica.

La cuenta atrás está por comenzar. Bonnie me previene, en pánico, desde la terraza superior y me ordena que lleve mi trasero hasta allá para no perdermelo. La piscina está vacía, la gente corre hacia la casa - Tristan sale de mi campo de visión - me levanto torpemente de mi camastro, tiro mi copa de champagne y camino sobre el vidrio.

– ¡Mierda!

Me vuelvo a sentar para evaluar los daños, retiro el pedazo de vidrio que se hundió en mi pie y constato que apenas si está sangrando. A lo lejos, los escucho gritar...

Diez. Nueve. Ocho, Siete...

Un ruido atrae mi atención, más arriba, y veo una gran silueta correr por la pendiente del jardín que lleva hasta la piscina, jugar al *Yamakasi* saltando por encima de la baranda y aterrizar a algunos metros de mí.

Seis. Cinco. Cuatro...

– Mierda, creí que nunca estaríamos solos... me resopla Tristan tomándome de la cintura para levantarme.

Mi toalla se cae. Él me lleva detrás de la pool house. Permanezco aplacada contra él, con el cuerpo temblando, la cabeza me da vueltas, su olor me vuelve loca, miro a la derecha y a la izquierda, rogando para que nadie nos sorprenda y arruine este pequeño milagro.

Tres, dos, uno...

Primero su boca se coloca delicadamente sobre la mía, luego entreabro los labios y su lengua se inmiscuye al interior. Gimo suavemente y él gruñe intensificando nuestro beso. Sus manos descienden a lo largo de mi espalda desnuda y llegan a ponerse sobre mis bragas, se apoderan de mis nalgas. Escalofríos. Después, mientras pido más, todavía más, éstas suben y rodean mi rostro. Sus labios me dejan y da un paso hacia atrás.

– Maldita sea, ¿qué me hiciste, Sawyer?

Su respiración está entrecortada, su torso se eleva rápidamente, bajo su camisa negra cuyos botones saltaron. Sus ojos azules no dejan los míos, los interrogan. Su perturbación me lastima el corazón.

– No lo sé. No lo hice a propósito, digo suavemente.

– Feliz año, Liv...

– Está empezando demasiado bien...

Perdidos en nuestra burbuja, en nuestras miradas, en nuestro deseo, nos toma demasiado tiempo percibir los gritos de alegría y de emoción que resuenan por todas partes. Los invitados salieron nuevamente al jardín, Bonnie y Fergus se acercan a nosotros a grandes pasos. Regreso al camastro, tomo inmediatamente mi toalla y me envuelvo en ella de nuevo.

– ¿Qué diablos estabas haciendo? me regaña Bonnie.

– ¡Te perdiste lo mejor! agrega Fergie.

No lo creo, no...

Mis mejores amigos me abrazan y Tristan desaparece.

Sienna llevaba años esperando esto. Según lo que dice, ese *Business Woman Award* – premio entregado cada dos años en las Keys - le es muy merecido. Hasta llegó un poco tarde.

Lo cual explica el nivel de emoción en el cual se encuentra y por qué lleva

tres días estresándonos para que todos estemos listos, lo más elegantemente posible, a las 6 de la tarde en punto. Una vez que nos tiene a todos reunidos en el vestíbulo, la reina del día nos pasa lista:

– Harry, te ves guapísimo pero esta noche, Alfred se quedará en la casa. Tristan, quería que te pusieras corbata...

Me contengo de sonrojar al volver a pensar en esa inolvidable velada y en la fiesta que le siguió, cuando la corbata llegó hasta mi cama. Mi cómplice, por su parte, le dirige una mirada arrogante a su madre.

– Me puse una camisa blanca, no abuses de tu buena suerte...

Ella pone los ojos en blanco y se voltea hacia su marido, asiente admirando su traje que debió costarle un brazo o dos, antes de mirarme a mí:

– Liv, muy bonito vestido...

– Lo pusiste sutilmente sobre mi cama, esta mañana...

– ¡E hice bien! Te ves deslumbrante. Si sólo pudieras soltarte el cabello...

– Y depilarte el bigote... agrega Tristan antes de recibir un golpe en el hombro de parte de mi padre.

Hacemos el viaje « en familia » y sorprendentemente, en la SUV de Craig, nadie grita ni hace caras; hasta parecería que todo el mundo está feliz de estar allí. Mi padre no puede fumar pero se aguanta. Harry abandonó a su mejor amigo - peludo y masticado - pero no parece estar traumatizado. Tristan se alista para apoyar a su madre *en público* y ni siquiera se queja de ello. ¿Y yo? Sólo siento su rodilla rozando la mía y este simple contacto me da ganas de ir a donde sea, mientras él esté allí.

Sienna Lombardi, Businesswoman del año está escrito en grandes letras doradas sobre el cartel al lado de la reja del country club de Key West. Mi madrastra se lanza fuera del auto en cuanto puede y se dirige hacia la multitud, con su vestido vaporoso de diseñador.

Rolo. Como la sangre que estaría dispuesta a dejar correr para tener éxito.

El parque se ve sublime y la sala de recepción está encantadora. Me abro camino entre la gente y llego hasta el bar, atendido por cuatro pingüinos con físicos... ventajosos. Acepto la copa de champagne que uno de ellos me ofrece, mi padre me la confisca y Tristan me da una soda en su lugar.

¿Ahora son un equipo?

Aquí, hasta la limonada es pretenciosa. Ésta es rosada, servida en una copa de cristal, decorada con una rodaja de limón perfectamente cortada y hielos perfectamente cuadrados. La música clásica acompaña a las risas de los invitados - todos de la clase alta - y nadie se atreve realmente a tomar un canapé. ¿Nadie? Eso fue antes de que Tristan y yo llegáramos para arrasarnos con el buffet. Alrededor de nosotros, las conversaciones parecen aburridas, las sonrisas falsas, las miradas juzgan y definitivamente no me siento cómoda.

– ¿Dónde está Harry? le pregunto de pronto a Tristan quien me ofrece otra copa.

– Lo dejaron en el servicio de niñeras.

– Él sí debe estarse divirtiendo mucho...

– Lo dudo. Inclusive los niños de tres años pueden ser antipáticos y pretenciosos. Imagina lo que debe estar pasando, rodeado de la prole de todas estas personas.

– ¡Vamos a salvarlo!

– Todavía no, pero lo haremos, sonrío deteniéndome. Iré a buscarlo cuando la ceremonia comience realmente.

– ¿La ceremonia?

– Los discursos sobre mi madre, los halagos, las anécdotas que no harán reír a nadie. Ah, y creo que también habrá un video en su honor...

– ¡Alguien máteme!

– ¿Qué? ríe despeinando su cabello rebelde.

– ¡Mátenme antes de que eso comience!

– No, tú te quedas conmigo Sawyer. Estamos juntos en las buenas y en las malas...

– ¡Quién diría que eres tan romántico! me burlo con un tono de ingenuidad.

– Cállate.

Corto pero eficaz.

Y ahora no sé a dónde se fue. ¿Susceptible, Quinn?

La hora siguiente pasa en cámara lenta. Mi acompañante me ha dejado. Le hablo a dos mujeres de lo menos interesantes, a tres niñas que me preguntan si mi *hermano* es soltero, y luego al mesero que ahora considero como mi mejor amigo. Sigue sirviéndome bebidas vírgenes, pero no se mide con la cantidad de jarabe de menta.

Una vez que las luces se apagan, puedo sentir que algo está por suceder. Una gran pantalla blanca baja del techo y la multitud se extasia.

¿Por una pantalla blanca, en serio?

Todo el mundo se acomoda estratégicamente para poder ver el video que van a reproducir y yo me escapo después de haber visto aparecer en mayúsculas:

« Sienna Lombardi o la fuerza para vencer »

Busco un lugar lejos de las miradas, de las risas y de los silbidos de admiración. Me refugio al fondo de la habitación pegada a la pared y llego detrás de la pantalla, ahí donde nadie pueda verme. Tristan tuvo la misma idea: él ya se encuentra acomodado sobre una mesa, con las piernas colgando en el vacío.

– ¿Qué estás haciendo aquí?

– El video es mucho más interesante de este lado, sonrío el niño travieso mirando la pantalla totalmente negra.

Me siento al lado de él, balanceando las piernas de atrás hacia adelante.

– Me abandonaste, hace rato...

– No fue muy romántico de mi parte, ¿verdad?

A pesar de la penumbra, lo obligo a mirarme a los ojos. En los suyos, leo un millón de emociones contradictorias.

– Es difícil, ¿no? resoplo sin lograr descifrar lo que está pensando.

– ¿Qué?

– Actuar sin descanso. Y saber cuándo es necesario dejar de actuar.

– Sí, es desestabilizante, murmura mirando sus pies.

– ¿Prefieres que todo se detenga entre nosotros?

– No.

– ...

– ¿Tú? me pregunta suspirando.

– ¡Jamás!

No pensaba responder con tanta intensidad, mucho menos lanzar ese ridículo grito, pero mi sinceridad parece conmoverlo. Tal vez hasta perturbarlo. Aprovecho para acercarme un poco más, eso que normalmente me cuesta tanto trabajo, pero que aquí y ahora me viene naturalmente.

– Sé que no soy tan expresiva como tú. Tan demostrativa... Pero de tanto tener cuidado, de verte fingir indiferencia, a veces me siento confundida. Ya no sé cuándo podemos ser nosotros mismos. Pero en el interior... Lo que siento... Sigue siendo igual de fuerte...

El rockstar me da un beso en la frente, como si comprendiera perfectamente lo que acabo de confesarle. Como si me lo agradeciera.

– En algún otro mundo, en otra realidad, te habría besado frente al planeta entero... le murmuro al fin.

Luego tomo su rostro tan bello entre mis manos y pego mis labios húmedos contra los suyos. Lo beso como si fuera la primera y la última vez al mismo tiempo, acaricio su lengua, mordisqueo su boca, lo rodeo con mis manos para sentirlo contra mí, conmigo. Tristan responde a mi beso con pasión, casi con agresividad, me demuestra a qué grado me desea, a pesar de las prohibiciones, los tabús y todas las barreras que tenemos que enfrentar nuevamente.

Ni él ni yo escuchamos los murmullos de horror, hasta que el grito bestial de Sienna nos hace sobresaltar. Nuestras bocas se separan y me doy cuenta de que estoy frente a la multitud, a plena luz. El video sigue rodando, el sonido no se ha detenido pero la pantalla ha subido. Entro en pánico, salto de la mesa para alejarme de Tristan, como para borrar la falta que acabamos de cometer. Él permanece inmóvil, como paralizado. Frente a nosotros, Sienna está levantado, con la boca abierta y la mirada llena de horror. La cabeza me da vueltas, un peso de una tonelada me aplasta el pecho, no puedo pensar más que en una cosa:

desaparecer. Y cuando la mirada desconcertada de mi padre se cruza con la mía, caigo aún más bajo.

La caída es atrozmente terrible, dolorosa. Ignoro si algún día podré levantarme.

Nos van a juzgar, a odiar, a rechazar.

Tristan y yo... Ya no es un secreto.

Continuará...

¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Juegos Prohibidos - volumen 5

A los 15 años conocí a mi peor enemigo. Sólo que Tristan era también el hijo de la nueva esposa de mi padre. Y eso nos obligaba a vivir en la misma familia, aunque no tuviésemos ningún vínculo de sangre. Entre nosotros, la guerra estaba declarada. Y no aguantamos ni dos meses bajo el mismo techo.

A los 18 años, el rey de los idiotas regresa del internado a donde fue enviado. Tiene su diploma en el bolsillo, los ojos más penetrantes que puedan existir y una sonrisa insoportable que tengo ganas de borrar de su cara angelical. O de besar sólo para hacerlo callar.

Entre Liv y Tristan, ganará quien logre resistir por más tiempo. Sin rendirse. Sin cometer un asesinato. O peor aún, sin enamorarse perdidamente del otro...



En la biblioteca:

Secuestrada por un millonario

Un secuestrador tan seductor como hechizante. Una joven secuestrada por su propia seguridad. Una tórrida pasión que le hará perder el piso.

La linda Eva es raptada por Maxwell Hampton. Sólo que su rico y seductor secuestrador afirma haberlo hecho para salvarla de un peligro sobre el cual no quiere revelar nada. La joven, independiente y apegada a su libertad, va a revelarse contra este cautiverio forzado; pero su captor, dueño de un encanto hechizante es tan enigmático como persuasivo. Y Eva deberá luchar contra su propio deseo. Porque, ¿no dice el dicho que la mejor manera de vencer a la tentación es caer en ella?

Descubra rápido el primer episodio de Secuestrada por un millonario, una saga de la nueva escritora inédita Lindsay Vance.

[Pulsa para conseguir una muestra gratis](#)

